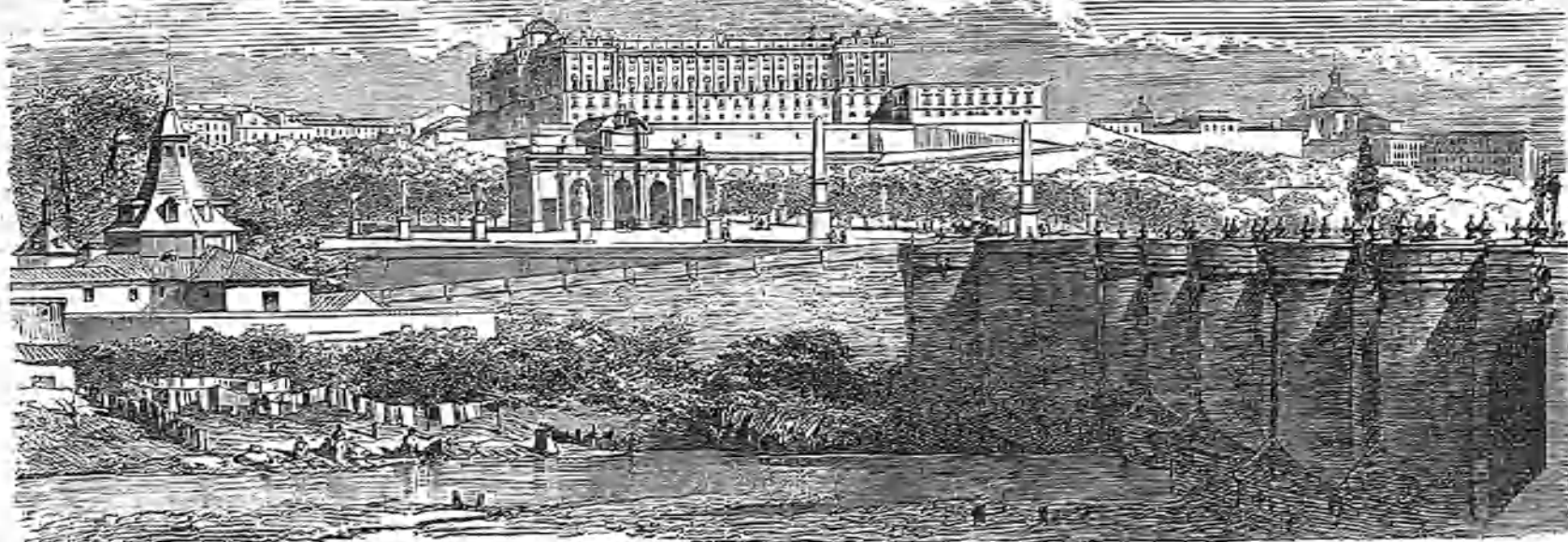


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 15 DE ABRIL DE 1871.

NÚM. 31.

### SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Albá, presunta autor de «D. Quijote el Malo», por D. Francisco M. Tubino.—Los teatros de Alemania, por D. Jaime Clark.—La Serrana de la Vera, comedia inédita de Velaz de Guevara, por D. V. Sorrañeta.—Los cesantes, por D. F. Zamora y Caballero.—¿Pasó el invierno? Traducción de Víctor Hugo (poesía), por D. Manuel de la Revilla.—Melancolía (poesía), por doña Faustina Saez de Melgar.—Canto de los marineros antes de entrar en combate (poesía), por D. Ernesto Garcia Ladesse.—El rapé y el tabaco, por D. M. Ramos Carrión.—Cercanías de Lisboa, por Rosi.—El periodo de reposo, por D. José Fernandez Bremon.—Don Francisco Javier de Isturiz y Montero.—Don Antonio Garcia Gutierrez.—Cuadro de D. Juan Garcia Martinez.—Poesía, por D. José Páez Pérez.—Apertura de las Cámaras, el día 3 de abril de 1871.—La estatua de Murillo.

GRABADOS.—Estatua de Murillo, ejecutada por el Sr. Medina, dibujo de D. F. Pradilla.—Apertura de las Cámaras, el día 3 de abril de 1871, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Don Antonio Garcia Gutierrez, dibujo de D. A. Perea.—Lisboa en 1870. Estatua de Don Pedro IV, dibujo del señor Domerc.—El secuestrador, dibujo de D. Mariano Portuoy.—Cuadro pintado por D. Juan Garcia Martinez, dibujo del mismo.—Don Francisco Javier de Isturiz y Montero, dibujo de D. A. Perea.—Madrid. Romería a la ermita de la Cara de Dios, dibujo de D. J. L. Pellicer.

### ECOS.

Quiero obsequiar hoy a Vds. con la relación de la muerte de dos de los jefes más caracterizados de la demagogia francesa, tal como lo refiere una correspondencia del vecino imperio.

#### Muerte de Flourens.

«Llegó éste a Chatou estenuado de fatiga y acompañado por su edecan, un italiano llamado Pisani. Se afeitó la barba, y buscó con mil dificultades un traje de paisano para disfrazarse. Aún no había tenido tiempo de vestirlo, cuando la casa donde estaba refugiado fué cercada por los gendarmes.

Estos hicieron bajar a los presos y les interrogaron. Flourens se desmayó. Los gendarmes ignoraban quién era el prisionero. Flourens volvió en sí. El capitán de gendarmería, exasperado por la jornada, le insultó. El preso se irguió ante las injurias, y en su indignación exclamó:



ESTATUA DE MURILLO, EJECUTADA POR EL SEÑOR MEDINA.

—Soy Flourens.

—¿Ah! ¿Conque sois Flourens? replicó fuera de sí el capitán; pues ahí va mi saludo; y le descargó sobre la cabeza tal cuchillada, que el cerebro saltó al aire cual vaciado por un cucharón. El sable hendió todo el cráneo, dividió un ojo y salió por la mandíbula.

El edecan recibió una estocada dirigida al vientre, y que le atravesó un muslo.

Cadáver y herido fueron trasportados a Versalles.

El corresponsal dice, á guisa de oración fúnebre, que Flourens era un hombre bien educado y de maneras distinguidas.

Seguramente no puede decirse otro tanto del capitán de gendarmes.

Segunda parte de mi obsequio; muerte del titulado general Duval:

«El general en jefe, Duval, se presenta como parlamentario á Vinoy.

—¿Quién es Vd.?

—El general Duval.

—¿El general Duval, miembro de la *Commune*? pregunta Vinoy.

—El mismo.

—Que fusilen al general Duval, dice el general Vinoy dirigiéndose á uno de sus ayudantes.

Un peloton condució á Duval á una encrucijada. Este pide mandar el fuego. Se le rehúsa. Duval alza los brazos al cielo, y herido de dos balas, muere con gran serenidad gritando: *¡Viva la república!*

Ese Sr. Vinoy es un modelo de lacerismo.

Paréceme que las tres cuartas partes de los franceses van á echar de ménos á los prusianos.

Siempre he opinado que las comidas de viernes producen los más deplorables resultados. Un gastrónomo francés, que ha contribuido mucho con su ciencia á la regeneración física de nuestros prójimos del país vecino, y hombre al propio tiempo incapaz de faltar á los preceptos de la Iglesia, solía dejar en blanco el espacio de vigilia comprendido entre los jueves y sábados de cuaresma. No comía; se contentaba

con perfeccionar por medio de la abstinencia la digestión del día anterior y en prepararse con fervor religioso para el siguiente.

Sucedo en esos terribles días de bacalao y de merluza, que los estómagos más aristocráticos se entregan con exceso á devorar algún sabroso marisco; la recatada almeja, el langostino de armadura de coral y patas de araña, el percebe de aspecto ingrato y gusto delicioso, la ostra, en fin, sin rival entre los alimentos que nos brindan los mares, nacida entre nácares y perlas.

No es por tanto extraño que haya quien en estos días descienda al sepulcro, víctima de una indigestión de ostras, como en la pasada semana ha sucedido á cierto desventurado prógimo. ¡El hombre será siempre víctima de sus pasiones, y la *ostrología*, cuando no se contiene en la esfera puramente especulativa, es la más voraz y terrible de ellas!

Esta afección desmedida que muchos gastrónomos tienen por determinados mariscos, se explica bien aceptando la teoría de Mr. Duhamel, inspector de la marina francesa, el cual, ocupándose de la naturaleza física del hombre, sienta la opinión de que procede de un pez. Es decir: que el hombre es una especie de arenque algo desfigurado.

La proposición parece algo atrevida; pero sepan ustedes que el naturalista Zimmerman, un sabio, más que un sábio, un alemán, ocupándose de ella pregunta con la mayor frescura:

¿Y por qué no ha de ser así?

Duhamel supone que los brazos son *nuestras aletas* y que nuestras piernas son la cola del pez bastante *recortada*.

En apoyo de esa opinión, aunque extraordinaria, me encuentro con dos refranes españoles, á los que por lo visto no se han dado toda la importancia que tienen.

Uno de ellos es aquel que dice: *¡Ese hombre no es rana!* Como queriendo dar á entender que los demás lo son, y el otro es el tan conocido de *¡Vaya un pez!* que expresa en favor del prógimo aludido una gran superioridad sobre los demás hombres y peces conocidos.

Como la cuestión es de verdadera trascendencia, me permitirán Vds. que alegue en favor de la proposición de Duhamel y de Zimmerman un dato luminoso.

No hace mucho tiempo murió un vecino mío, que, según las gentes vulgares, era víctima de una extraña manía. Y digo que según las gentes vulgares, porque yo que conozco la opinión de los citados naturalistas, no podía apreciar las cosas de igual modo.

Pero fuera ó no monomaniaco; bien que estiriera en el uso de su razón, ó que ya la tuviese usada en exceso, es el caso que mi vecino creía ser *¡admírense ustedes!* creía ser una *ostra*.

Y en verdad que mucho había en la fisonomía y en la figura de mi vecino que justificase esta creencia.

A pesar del respeto que tengo á las opiniones de los demás, traté en alguna ocasión de impugnar la suya.

—Estimado vecino, le decía yo con ese tono afectuoso y meliflo que empleamos siempre con las gentes que tienen el sentido común en los talones; yo no dudo que usted es una ostra si *¡pómo dudarle!* si no hay más que mirarle á la cara para convencerse de ello! Mas permítame Vd. una pregunta: ¿Vd., si mal no recuerdo, ha nacido... no, no es esta la frase, ha sido Vd. *peacado* en Daimiel, en la Mancha? Pues bien, dígame Vd. Daimiel... ¿es puerto de mar?

—No por cierto, contestó mi marisco envolviéndome en una bocanada de humo de su cigarro.

—¿Usted no desciende entonces de la ostra de mar, sino que pertenece á una familia de crustáceos desconocida por los naturalistas y puramente terrestre, como la patata ó la seta?

—Nada de eso, yo soy una ostra de mar y de las más legítimas.

—Mas, *¡pómo se explica el hecho de haber sido usted peacado en las llanuras de la Mancha!*

Me pareció que mi vecino se recogía un momento dentro de su concha; después dijo con mucha calma:

—Es sencillísimo: ¡yo soy una ostra abandonada allí cuando el descenso de las aguas del diluvio universal!

Esta contestación no tenía réplica. Si el diluvio no hubiese venido antes de tan extraordinarias frases hubiera venido después de ellas.

Algunas veces mi vecino me suplicaba que le acompañase á los *restaurantes*, y allí pedía que le sacasen cuan-

tas ostras tuviera. Cuando se las presentaba el mozo las examinaba con una atención y un interés inexplicables.

Jamás las probaba. Yo intenté comer una en su presencia, y fue tan grande su furor que si me descuido de un apabullo me convirtió en ostra igualmente.

Aquella emoción y aquel interés picaban mi curiosidad.

—¿Qué se propone Vd., le dije, con pasar revista á todas las ostras que traen á Madrid?

—He tenido la desgracia, amigo mío, me contestó enjugándose una lágrima, de no conocer á mis padres; creo que existían, sin embargo, conservo sus retratos, y ¡puede Vd. figurarse el placer que para mí sería el encontrar en cualquiera de estos *andaluces* por casualidad á mi familia!

Como se ve, mi vecino tenía demasiado desarrollados los órganos del amor filial para ser un molusco. ¡Ah, no es extraño, á veces la ostra más ruda encierra entre sus ásperas conchas... una brillante y rica perla!

Desgraciadamente mi vecino tuvo un fin lamentable. Cansado de abrir y cerrar ostras sin encontrar á su parentela, determinó suicidarse.

Á un simple mortal, para conseguir este objeto le es preciso dispararse un pistoletazo, arrojarse desde un sobabanco á la calle, ó cosa parecida.

Á mi vecino, que no era hombre, sino ostra, algunas gotas de limón le bastaron para poner fin á su existencia.

Sabidos son los terribles efectos que el ácido de esta fruta opera en el delicado organismo de la ostra.

¡Pobre vecino! ¡Cuánto hubieras podido ilustrar á la ciencia en sus investigaciones acerca de la metamorfosis del hombre en pescado y viceversa!

Uno de los dibujos que en este número han ocupado el buril de nuestros grabadores lleva una firma honrada y respetada en toda Europa, una firma honor del arte español; firma que puesta al pie de un lienzo, de una acuarela ó de un agua fuerte, hace enmudecer á la crítica y saple á todo elogio.

El Sr. Fortuny, el autor del cuadro titulado *Los niños en la Víspera*, preciosa tabla, cuya exposición en casa del célebre editor francés Couplil fué uno de los grandes acontecimientos artísticos de 1870; el artista justo como Velázquez, enérgico como Rivera, fantástico como Goya y grandioso como Miguel Angel, nos ha favorecido con esas líneas trazadas por su genio en su actual viaje por Andalucía.

¡Cuadro siniestro! ¡Es la impresión de un ser real! ¡Es una creación puramente imaginativa! Difícil es apreciarlo; porque en ese dibujo la verdad reviste caracteres tan extraños, y la fantasía aparece bajo formas tan severamente reales, que no se acierta á decir si es sueño del pintor, ó si es feliz apunte de la cartera del artista.

Fortuny dice la firma en letras trazadas con briosa mano... y con esto, basta; quien tenga corazón de artista sabrá juzgarlo.

Ha visto la luz en la *Gaceta* la convocatoria y reglamentos de la Exposición de pinturas que ha de celebrarse en octubre.

Anúnciase que enviarán á ella cuadros muchos de nuestros reputados artistas, y que podremos también conocer algunos jóvenes que hasta ahora no han tenido ocasión de exhibir públicamente obras de importancia.

Dícese también, y esto constituirá por sí solo un motivo de singular interés, que Fortuny expondrá algunas de sus renombradas acuarelas.

Esperamos que las obras expuestas nos darán ocasión para ofrecer á nuestros abonados en estas páginas algunos grabados que reflejan la gloria que á España cabe por la gran altura á que sus artistas han sabido elevar el arte.

El gacettillero de un periódico que se publica en esta corte, cree haber encontrado el medio de que los cajeros sean probos y honrados.

Acaba de inventarse, dice, una caja muy segura que previene cualquier atentado contra la propiedad. Cada vez que el cajero abre la caja sale del fondo un juez que le lee de cabo á rabo el Código penal.

Á primera vista parece eficaz el medio; pero no lo es tanto si se considera que no se ha dado aún ni un sólo caso en que el cajero, antes de robar la caja, no se haya aprendido de memoria el susodicho Código.

Con aquel sistema, los Estados-Unidos, no sólo tendrían que dar hospitalidad á los cajeros de otros países,

sino á los jueces que se llevarían bonitamente los delinquentes bajo el brazo.

Así como los cuervos huelen la carne muerta, los rateros conocen perfectamente en qué punto del globo las circunstancias favorecen el ejercicio de su industria.

El jefe de la policía secreta de Londres ha encontrado en París, según informa oficialmente á su gobierno, más de cuatro mil rateros londonenses, que han llegado á dicha población para aprovecharse de los trastornos que se esperan.

¡Cuatro mil rateros! ¡Casi un cuerpo de ejército! Con razón se acusa á Inglaterra de no guardar nunca las leyes de la neutralidad!

Parece que el teatro de los Bufos ha contratado la compañía de perros y monos sabios que han funcionado este invierno en Valencia, compañía que dirige el señor Capellini con esa habilidad y esa *influencia moral* que le hacen irresistible para sus revoltosos y mal avenidos educandos.

Sospecho, sin embargo, que ninguno de los monos de la citada compañía, por muy sabio que sea, lo será tanto como el que compró en cierta ocasión Alejandro Dumas.

Segun el que se lo vendió, sabía componer los relojes y corregir la mala ortografía.

Había yo oído hablar muchas veces de la romería, que en la mañana del Viernes Santo se celebra en Madrid, en los alrededores de la ermita de la cara de Dios.

Me levanté, pues, este último Viernes muy temprano y dí con mis huesos en la plazuela de Aflijidos que, en semejante día, tiene un nombre bien impropio, pues todos los que en ella ví parecían estar muy alegres y satisfechos.

Entonces pude convencerme de que, en efecto, esta romería es de las más concurridas y de que hay gentes que traídas por su devoción llegan de los pueblos vecinos, tres sobre un asno, en carros ó en pollinos, y muchos de ellos—me refiero á los lugareños—suelen llegar á pie habiendo andado toda la noche y debiendo volverse en el día; que tanto puede en unos la fuerza de la religión y en otros la fuerza de la costumbre.

Desgraciadamente el tiempo todo lo cambia; no respeta ni las formas de que la religión ha revestido el culto y el fervor de los fieles. En vano tiende Vd. la vista por aquellos solares y campos que están junto á la ermita buscando al tradicional romero con su esclavina cubierta de conchas, su largo hondon, su luengo ropaje y demás atributos. De ese tipo de mejores tiempos sólo la calabaza ha quedado como prenda aceptable para el romero contemporáneo, y eso no tanto por la materia del recipiente que hoy es á veces de cristal ó acero, como por su objeto y contenido.

Pero en cambio llegan con gran bullicio los vecinos de aquellos barrios con sus hongos y caprichosas gorras, el pelo pegado á la sien en forma de voluta, y llevando como imprescindible aditamento de su fervor un garrote grueso y adornado de naturales protuberancias, especie de cirio pasoral que sustituye al antiguo bordon, y que sirve ya de báculo, ya de maza, según la piedad y el humor de su propietario. Y en cambio también dan pintoresco atractivo á la fiesta cuantas hermosas viven en las calles próximas á la ermita, y que á pesar de ser muy buenas cristianas vienen á la romería menos por ver la Cara de Dios que por enseñar la suya.

Todos los sastres de París, convocados á una Asamblea general, se reunieron el domingo último en la iglesia de Montmartre. El coro servía de tribuna á los oradores.

No se dice para qué se reunieron ni qué *medidas* tomaron; pero se cuenta que uno de ellos, sastrero que había sido del emperador Napoleón, subió á la tribuna y exclamó:

—Señoras, la situación es nuestra! El público, que conocía las ideas políticas del orador, creyendo que los bonapartistas estaban ya en las barreras de París, se pronunció en fuga, pero se desuvo cuando oyó que el orador decía:

¡Quiero decir, que una situación de hombres conocidamente *sastres*, por fuerza ha de ser buena para los sastres!

Es probable que en cuanto esta sátira haya llegado á oídos del gobierno comunal de París, le haya sentado las costuras al sastrero.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

## ALIAGA.

PRIMERO AUTOR DE «DON QUIJOTE EL MALO».

## I.

Questan los ilustradores de la vida de Cervantes, que fray Luis Aliaga, natural de la parroquia de San Gil, en Zaragoza, y hombre de baja extracción, era motejado desde chico con el apodo de Sancho, apli-cándosele en un sentido poco culto y decoroso. Añaden también, que por mediación del P. Javierre, consiguió, unido ya á la Orden de Predicadores con sagrados vinculos, un oficio de monjas; que despues leyó teología en la Universidad de su patria y que extrañado de su recinto por haberse mostrado licencioso en alguna proposición, buscó de nuevo el amparo de su patrono, generalisimo á la sazón de la antes mencionada orden. Dicen asimismo que Aliaga vino á Madrid con Javierre en calidad de familiar decente suyo, y que aquí debió contraer amistad con Lope de Vega, tomando parte en las guerras literarias que mediaban entre éste y Cervantes; siendo tal vez confidente del primero y su consejero en las aventuras á que tan inclinado se mostraba.

Publicóse por aquel entonces, continúan los eruditos, la primera parte del *Quijote*, donde salió el dominico desfachador de entretos malparado, adjudicando Cervantes al sándico escudero, resumen de todo egoísmo y sordidez, el apodo con que Aliaga era conocido. Declarando así las alusiones encerradas en los versos de Galdin «que indirecta é ingeniosamente, echa al fraile en rostro sus humildes principios y le felicita por ser el único y sólo á quien trataba con extraordinario mimo y cariñosa familiaridad Lope de Vega, Ovidio español en lo enamorado y en las transformaciones de su vida; señalándole su infimo origen plebeyo aragonés con no declinar el pronombre personal tú, barbarie aún corriente entre los rústicos y plebeyos de las cuatro provincias aragonesas. Recuérdale el donoso poeta entruerado de la innoble faga y destierro de Zaragoza, y Cervantes ármale caballero con el pseudónimo de Solidan, para que entable conversacion en apariencia con don Quijote y en realidad con Lope de Vega, y se confiese mal servidor suyo, y le mortifique publicando los desprecios y desvíos que recibía de cierta dama autojadiza.

Resuelto el dominico á tomar venganza de tanto agravio, dióse á bosquejar, versuando en Tordesillas en 1605, una tercera salida y quinta parte de las aventuras del andante Caballero, distrayéndole de su tarea—el no es que se encontraba alcanzado de tiempo y casi desesperado de darle cima—el logro á deshora de sus mayores deseos, viéndose nada ménos que llamado á dirigir la conciencia del duque de Lerma, valido de Felipe III. Confesor despues del mismo monarca, hubo de molestarle una intriga que el duque le urdió por los años de 1612, y Aliaga, para divertir simasbures, des-empolvó en el invierno de 1613 su olvidado y no concluido *D. Quijote*, noticioso de que el verdadero calzaba de nuevo las espuelas para salir á campaña, y facilitándole, por acaso, su hermano Isidoro, arzobispo de Valencia, la impresion y publicación en Zaragoza, dió con efecto á la estampa en libro durante el estío de 1614. No fué entonces un secreto de inquisición para nadie, continúan diciendo los cervantistas, el verdadero nombre del autor, y tres meses despues de publicada la obra señalábasele con el doño, como lo patentiza la sentencia de las justas literarias de Zaragoza, en cuyo ingeniosa lid tomó parte Aliaga, encubriéndose con el pseudónimo de Alfonso Lambert. Desembozáronle los jueces autor del *Quijote* tordesillesco, y cuando aborrecido de todos caía de su valimiento y era desterrado á Huesca—en 23 de abril de 1621—el conde de Villamediana le echaba en cara sus vicios y malas acciones. Quevedo le pintó y retrató de mano maestra en varios escritos suyos, y hallándose Aliaga en Zaragoza en 1625, escribió y publicó en Huesca un papel, intitulado *Venganza de la lengua española*, con la mira de responder á los ataques del satírico poeta.

Perojen que se fundó Cervantes para ofender á Aliaga personificándole en Sancho Panza? Vamos á verlo.

Tomó parte el primero en el certamen literario celebrado en Zaragoza en 1605, por el convento de Santo Domingo, con motivo de la canonización de San Jacinto; obtuvo el segundo premio y es verosímil que el F. Aliaga ensayara allí en número poético y que el desaire sufrido, pues no recibió galardón, le malquistase con Cervantes, declarándose enemigo del que desde Sevilla le disputaba el triunfo que apetecía. Supónese también que en busca del desquite concurreó el dominico á las justas de 1614, explicando estos antecedentes

el acuerdo de Cervantes de exponerlo en la piqueta de sus burles y la rabia mal dominada del soberbio religioso, que hubo de perseguir á su contrario hasta el borde de la tumba.

Tal es la novela que corre más acreditada: para unos las conjeturas se trocaron en probabilidades vehementes, para otros en verdades inconcusas é incontrovertibles; y por lo que mira al fundamento de toda esta mal organizada máquina, ó sea el hecho de que Aliaga se granjeó desde niño el dictado de Sancho, dícese que no admite impugnacion, hallándose, como se halla, averiguada su certeza. Tampoco se discute la paternidad de la *Venganza de la lengua española*, y se considera como fallo pasado en autoridad de cosa juzgada que Alfonso Lambert, Alonso Fernandez de Avellaneda y D. Juan Alfonso Laureles, fingido autor de cas obrilla, son tres pseudónimos y una sola y única persona. Fray Luis Aliaga, Proteo de su época, vistióse los disfraces que cuadraban á las empresas que acometia: en 1614 escogió el que había de mudar el mismo año, para reemplazarlo en 1620 por un tercero, siempre empujado en no ser reconocido ni descubierto por sus contemporáneos. Puso término la muerte á estas metamorfosis; recogió la tierra sus tristes despojos, y sobre ella depositó el olvido su pesada losa, que nadie sería capaz de quebrantar, hasta que felices é inesperadas coincidencias, condujesen la crítica á exhumarle, no porque los propios meretriciosos la pidieran, sino porque importaba conocerle, una vez averiguado que había sido el sañudo perseguidor de nuestro infortunado ingenio.

## II.

Narrada con estrecha sujeción á lo que otros escribirán la biografía de Aliaga, cumple ahora á nuestro propósito reconstruirla sólidamente, ateniéndonos á documentos y testimonios auténticos, no negados ni contradichos por otros que puedan disputarles su autoridad y primacia. De este modo prepararemos el campo para ventilar despues si con efecto el dominico saragozano escribió el bastardo *D. Quijote*, y si buena parte de los desabrimientos de Cervantes tuvieron origen en su enemistad y malquerencia.

Nació Luis Aliaga á orillas del Ebro, de antigua é hidalga estirpe, en 1565. Oriunda su familia de noble cepa arraigada en Teruel y su comarca, gozaba del renombre que cobrara con sus bizarrías cuando las guerras de la reconquista. Cosecharon los antecesores de Aliaga no pocos laureles en el mencionado Teruel, en Villavieja y en Angrizuela, peleando valerosos al lado de los caudillos que pugnaban por ensanchar los límites del solar aragonés, harto reducidos y amenazados por la furia de los mahometanos. Gracias á sus méritos, anbió Juan Aliaga al elevado oficio de secretario de Pedro IV; y sus descendientes, cultivando las virtudes que le adornaron y dilatando las cualidades propias de su raza, granjearonse cargos, honores y recompensas, tan preciados en la paz como difíciles y no comunes en la guerra. Sólo así pudo un poeta al celebrarse en 1619 el nombramiento de inquisidor general con que el rey había favorecido á Aliaga, escribir estos versos:

Prosigue los trofeos inmortales.  
De sus Aliagas (no elevados tanto)  
Que gloria y honra de estos reinos fueran.

Ingresaba Aliaga, á los diez y siete años de edad, en la orden de Predicadores, vistiendo su hábito en el convento de Santo Domingo de la misma Zaragoza, y como el acto de la profesion suponía anteriormente un espacio de tiempo consagrado al noviciado, no será despropósito asentar que no bien salida de la infancia hubo de trasladarse al monasterio, donde con sujeción á rúbrica preparó el sucesó decisivo de toda su vida. Prosiguió allí sus estudios, conquistándose las simpatías y el aprecio del P. Jerónimo Javierre, varón de mucha doctrina y prendas singulares, quien atento á asistirle, dióle en 1593 un oficio de monjas. En 1600 le hallamos leyendo teología en su convento; graduóse doctor en 1602 y al año siguiente obtuvo la cátedra de Santo Tomas en la célebre universidad cesarugustana.

Ocupó Aliaga el sitial de profesor con eminencia y satisfacción grande, desempeñando su cometido con provecho de sus oyentes y general aplauso. Calificábasele de discípulo amantísimo y notablemente aprovechado de Javierre, cuya discreción, perspicacia y superior talento, se elogiaban sin medida, y como confirmacion del afecto con que éste le distinguía, citan varios autores el hecho de que habiendo en 1604 tomado posesión la Orden del nuevo convento de San Ildefonso que erigia la piedad del mercader Alvaro Vallalpuendo, Javierre, general ya de los dominicos, eligiólo para regirlo, nombrándole prior.

Permanecia Aliaga al frente de su cátedra en 1606, cuando elevado su patrono al rango de confesor del monarca, debió aquel acompañarle á la corte, esplicándose así cómo muy luego le vemos dirigir la conciencia del poderoso valido duque de Lerma. En enero de 1607, se le nombró Provincial de Tierra-Santa; poco despues visitador de la provincia de Portugal, y muerto Javierre, el 2 de setiembre de 1608, en ocasión de residir en Valladolid, Aliaga vino con su cadáver á Madrid, donde apreciando Felipe III la confianza y el alto concepto en que aquel le había tenido, resolvió colocarle en su vacante, comensando, pues, á dirigir nuestro religioso la real conciencia desde diciembre del propio año.

Desde este día el favor y el imperio de Aliaga no encontraron quien los contrastara. Dueño de la voluntad del soberano, que sólo en el nombre reinaba, llevó la corriente de los públicos negocios por el cauce de su arbitrio y voluntad. Hubo de descubrir el rey que la orden de Santo Domingo efraba desde los tiempos mismos del inolvidable Torquemada los mayores triunfos del Santo Tribunal, y como la piedad le aconsejase premiarse los grandes servicios hechos al altar y al trono por el mismo, creó dos plazas perpétuas en los consejos supremos que en Castilla y Portugal lo regían, ordenando que debían de ser desempeñados forzosa y exclusivamente por frailes dominicos. Proponiéndose Felipe III con esta medida, favorecer á Aliaga, lo escogió para el primero de los nuevos destinos, también le nombró de los Consejos de Hacienda y de Estado, y en lo sucesivo no hubo negocio de mayor ó menor cuantía en que la sacra y real majestad debiera intervenir que no fuera ántes sometido á la consulta del ejemplar, modesto y prudente sacerdote.

Hojeando los códices donde se conservan los numerosos informes autógrafos del dominico, notas como durante muchos años fué quien de hecho gobernó la inmensa monarquía de los Carlos y Felipes. Pedíanle pareceres los altos cuerpos del Estado lo mismo acerca del nombramiento de un capellan ó de un obispo, que sobre una providencia privativa de la milicia; tanto sobre si se debía ó no otorgar una merced como si procedía ó no la querrela de un súbdito, de un ayuntamiento ó de una comunidad. En todo y de todo entendía el confesor; lo mismo la administración, la Hacienda y la jurisprudencia, que el derecho internacional, la política, la diplomacia y la teología, encajaban sin esfuerzo en el ancho marco de su competencia: no exageró, por cierto, otro poeta del ántes citado certamen de 1619, cuando decía de él

.....es el amor incita  
Del gran Filipo y de la corte toda,  
Que ya colgada de sus labios pende.

Amarrada á su ojero, hubiera podido escribir el vate y habría sido más exacto, porque fuera ócio negarlo, Aliaga fué el Mentor egregio del augusto príncipe que dejaba á sus favoritos los cuidados del gobierno, reservándose las diversiones que le proporcionaban, ya la brama de toros en el Pardo, ora el tiro de palomas torcazas en la Ventosilla; el oráculo de aquella corte ignorante, supersticiosa y corrompida, que cortía atropellada á ver perdigar un inocente niño morisco en la Plaza Mayor, y se asombraba de que llegaran los galeones de América y que el rey sólo tomase de la fortuna privada la parte que legalmente le correspondía.

## III.

Creció el funesto poder del fraile con los años, sin que le amenguaran las asechanzas de rivales y émulos astutos, activos y poderosos. Tocó su valimiento la más alta meta, llegando á darrocár á su mismo protector, el duque de Uceda, estrechamente asociado á los planes del dominico. El rey, que no sabía cómo recompensarle, llamóle á honrar la silla primada de Toledo, favor que declinó Aliaga, significando que con él debía halagarse el infante D. Fernando. Tan inusitada modestia pedía proporcionado galardón; obligóle entonces D. Felipe á aceptar la pingüe dignidad de archimandrita de Mesina, pero como el favorecido debía de residir en Sicilia, hallóse medio de que continuara en la corte, saltándose sobre la ley y la conveniencia pública, no embargando la normal ausencia del destino para que percibiese sus crecidos rendimientos.

Pensó el rey de allí á poco que aún podía acumular nuevos beneficios sobre las sufridas espaldas del humilde y menesteroso esnobita. Nombróle en consecuencia prior de San Andrés de Plaza, y agrega á los enumerados otros oficios no ménos honrosos é lucrativos. Resignase Aliaga á todo, por amor de Dios, y Felipe III, que debió ser hombre de estrechísima conciencia, no

sintiéndose satisfecho, acalla sus escrúpulos, colocándole al frente de la Inquisición de las Españas. De este modo puso en sus manos el cetro que regia, no sólo la vida exterior de los míseros y tiranizados súbditos, sino que inquiría y penaba los actos más íntimos de la conciencia.

y desampoderadas ambiciones: la realeza, el clero, la clase nobiliaria, la burguesía, las órdenes monásticas, los hombres de negocios y hasta la gente militar bajaron la cabeza ante aquella cogulla que no tenía otras armas para imponerse que la religión y el confesionario.

Todo tiene su término entre los hombres, sólo la na-

de las riendas del gobierno, comprendió Aliaga que su estrella se oscurecía para siempre.

Con este convencimiento abandonó la cámara mortuoria, y un testigo ocular refiere, que le vió bajar en una silla de manos, sin que nadie le acompañase ni aun le mirase con buena cara. Otro añade, que nadie le hizo



APERTURA DE LAS CÁMARAS, EL DÍA 3 DE ABRIL DE 1811.

Celebró Zaragoza con extraordinarios regocijos y sin distinción de clases, el encumbramiento de su hijo, y en Madrid hubo embajadas, visitas y festines con ocasión de tanto alborozo. Aliaga, que había secundado los designios del fanatismo tocante á la persecución y extrañamiento de los moriscos que en España se quedaron al amparo de solemnes pactos y sagradas promesas; Aliaga, responsable en mucho de las desgracias y fieros daños que sobre la monarquía pesaban, recibía como premio el poder más excesivo de edad tan calamitosa.

Enfrenada la envidia, amordazada la mormuración, abatidos los rivales por pertinaces y recios que fueran, no halló el confesor quien le cerrara el paso en sus locas

furaleza en sterna. Regresó Felipe III de la jornada de Portugal, que el confesor aconsejara ó permitiera, luchando entre las ansias de la muerte y sus remordimientos. Pudo llegar con vida hasta su palacio, donde al borde ya de la tumba confesóse apenado y triste de haber seguido por espacio de trece años los malos consejos del dominico. Renunció en asistencia y sus servicios, mostróse desabrido y severo con él, y llamó para que le confortara en el último trance al P. Florencia, varón ejemplar en cuyos brazos rindió el aliento el 31 de mayo de 1621.

No bien se esparció la nueva de la muerte por el alcázar, cuando, apoderándose la parcialidad de Olivares

reverencia ni cortesía. Altibajos de la fortuna, muy comunes en las elevadas regiones palaciegas.

Pocas horas después, en virtud de orden suprema, abandonó Aliaga la casa que habitaba, gozando del privilegio intitulado «Regalía del aposento»; anunciándose de paso su cesantía en todos los destinos que desempeñaba. Desatóronse luego en su desdoro las lenguas de los cortesanos; hovieron sátiras en verso y en prosa contra su persona; echáronse en cara vicios, demasías, concusiones y repugnantes torpezas; descorrióse el velo que cubría su hipocresía y su decreimiento, y cumplíase ya los seis días desde el decreto de Felipe III, cuando su hijo recibía un papel sobre lo que había de

hacarse ántes de establecer estilo nuevo de gobierno, y allí, habiéndose de Aliaga con los peores modos, de- cías que lo más urgente era apartarle de donde pudiera ejercer influjo sobre la marcha de los negocios. Tal de- bía ser la persuasión de los consejeros del nuevo rey, cuando éste, con fecha 23 del citado abril, dirigió al ex-confesor una cédula, previniéndole que en el térmi- no de dos días se presentase á recibir órdenes de su su- perior en la ciudad de Huete. Cumplió Aliaga este mandato abandonando la corte el 28; quitáronse los oficios que debió á la munificencia y á la ceguera del anterior monarca, y sin compa- ñero, con dos criados solamen- te, viajó hácia su destierro, para ser confinado, una vez allí, en un monasterio que en desierto paraje poseía la orden de Pre- dicadores.

Ni á un así hubieron de aque- tarse sus enemigos: continua- ron los anónimos en su daño, y en unos versos, atribuidos á Villamediana, designábasele con el apodo de Sancho Panza, acusándosele de ser uno de los cómplices del duque de Oanna. Mediante cierta denuncia, abrió- se contra él y su hermano un proceso criminal, abasandose- les haber divulgado papeles que cedían en menoscabo del reino de Valencia, y la Inquisición joh mudanza del tiempo! su- jetóle á su tribunal como reo de luteranismo. Parece que sa- lió bien del uno y que el otro quedó en sumario á su muerte.

Sospéchase que en Marzo del año 1622 residía en Barajas de Melo; en Julio de 1623 en Hortaleza, y se sabe que de aquí se le sacó para Talavera, ordenán- dosele que no se moviera sin permiso de la corte. A mediados de 1626 se le descubre otra vez en Huete; trasladase de aquí á Zaragoza, donde viejo, enfer- mo y desabrido enciérrese en su celda á principios de otoño, para no abandonarla sino ca- dáver, el 3 de Diciembre si- guiente. Su hermano dispuso que le labrasen en Génova un costoso sepulcro, entérrasele en medio del coro de la conventual iglesia, tras el retablo, y en el pedestal de éste escribió- se un largo epitafio que referia los méritos y preeminencias del finado, concordándose con las leyendas que en el mismo tenor honraban sus retratos.

## IV.

Hasta aquí lo que por conduc- tos fidedignos ha llegado hasta nosotros con referencia al pre- suntuo autor del falso *Don Qui- jote* y enemigo de Cervantes. No hemos escrito una sola línea sin tener presente el testimonio ó el documento que la abonase. Consultamos la *Historia de San Valerio*, publicada por el doctor Martín Carrillo en 1615; la *Fundación de la capilla del Pilar, y excelencias de Za- ragoza*, dada á luz en 1610 por fray Diego Murillo; el *Compendio de las fiestas celebradas en Zaragoza, por haber promovido Felipe III á fray Luis Aliaga en el cargo de Inquisidor general*, escrito por Luis Díez de Aux, en 1618; las *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*, de Blasco de Lanuza, 1618; el *Manual de los Dominicos*, de Madalena, 1746; las *Memorias literarias de Zaragoza*, por Camón, 1768; la *Biblioteca nueva de escritores aragoneses*, por Lastanosa, 1799; un códice de Fraylla, otros apuntes de Ustarroz y Dormer, además de multitud de manuscritos de la rica Biblioteca Na- cional.

Ninguno de estos autores, casi todos contemporáneos ó del ciclo de Aliaga, confirman los asertos de los cer- vantistas.

No hay señal ni rastro alguno de que aquel fuera amonestado y espelido de Zaragoza como asentó Que- vedo; no consta en ningún documento que se le motejara con el apodo de Sancho, desde chico, ni que que fuera literato: sus émulos y perseguidores no le echaron en cara sus devaneos como poeta, ni existen testimonios de que fuese autor de comedias ó novelista. Pensamos que la crítica se equivocó grandemente atri- buyéndole la paternidad del *Quijote* tordesillesco y de la *Venganza de la lengua castellana*; imaginamos que se han visto alusiones á su persona en los versos de Cer-

que Bismarck y Moltke se encargaron de demostrar al mundo, que en Alemania se criaban al lado de pensado- res profundos y hombres doctos y sabios, políticos prác- ticos y astutos y guerreros invencibles.

Sin embargo, es fuerza confesar que el carácter con que se ha manifestado el vigoroso genio del pueblo ale- man, en estos últimos años, es tan nuevo como inespe- rado. Hace tiempo que la erudición alemana se hizo proverbial en Europa, y á la par se fué haciendo pro- verbial la torpeza de sus hombres políticos y la imperi- cia de sus capitanes. El nombre de un sabio alemán solía imponer en todas partes respeto, mientras que el de un diplomático ó militar de la mis- ma procedencia, sólo despertaba desden; y otro tanto poco más ó menos sucedía con los artistas. Hasta los chicos de la escuela han oído hablar de Humboldt y conocen ena- do menos el título de su obra co- losal, y muchos son los que se precian de haber estudiado las obras de Leibnitz y Kant, de Hegel y Krause. Goethe y Schil- ler, por la relación íntima que existe entre las letras y las ciencias, son también bastante conocidos. Pero ¡cuán contados son los que han aprendido á apreciar en lo que valen á la innumerable hueste de poetas líricos notables, de pintores sobresalientes, de arquitectos atrevidos y originales, de dibu- jantes y grabadores de mérito, que con su talento y laboriosi- dad prodigiosa han contribuido á colocar el arte alemán, de suyo original en el fondo y en la forma, á una altura no muy inferior á la que en la misma nación ocupan las ciencias to- das! Y lo que ciertamente igno- rará la inmensa mayoría de las personas ilustradas que no han viajado por Alemania ó perma- necido allí algun tiempo, es el número grande de excelentes cómicos que hay en aquella tierra. ¿Quién se había de ima- ginar que un pueblo tan sesu- do, tan metafísico y en algunas cosas tan pedante, tuviera tan grandes dotes de actor? En el francés ligero y festivo, amigo de bromas y chanzas, á la legua se descubre al histrión, cuya cualidad es aún más notable en el pueblo italiano; pero ¿quién había de suponer que el alemán grave y flemático fuera tan aventajado alumno de Mel- pómene y Talía? Y sin embar- go, no sería aventajado el afir- mar que en ninguna parte se ven tantos ni tan buenos cómi- cos como en Alemania, que en ninguna parte como allí está á tanta altura el arte escénico, y por lo tanto que en ninguna



DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

vantes, donde no existen; pero estos temas piden mayor espacio del que disponemos, razón porqué remitimos su examen á un próximo artículo.

FRANCISCO M. TURINO.

## LOS TEATROS DE ALEMANIA.

Un chusco alemán, moviéndose de la tendencia que suelen tener los sabios de su nación á remontarse en alas de sus especulaciones metafísicas más allá de las nubes, á cuyas regiones aéreas no aciertan á seguirles los demas mortales ni con la vista ni con el entendi- miento, dijo un día: «A los franceses pertenece el domi- nio de la tierra, á los ingleses el de los mares, y nos- otros, los alemanes, ejercemos soberanía absoluta en la región de los aires.» Esta observación ingeniosa, muy gráfica hace veinte años, dejó de serlo desde el día en

parte como allí son tan bien interpretadas y ejecutadas las obras dramáticas de todas las épocas y escuelas.

Este fenómeno, que á primera vista parece inexplica- ble, examinado más despacio resulta menos enigmático de lo que al pronto aparenta ser.

En el carácter y genio del pueblo alemán yace oculto un fondo artístico que se desenvuelve y sale á la super- ficie, merced á la gran laboriosidad y á la perseverancia heroica de que está dotado aquel pueblo. Si nos figurá- semos la complexión moral de los pueblos, compuesta, como la tierra que pisan, de varias capas sobrepues- tas unas á otras, analizada la complexión del pueblo alemán, hallaríamos desde luego tres capas espesísi- mas: una de laboriosidad, otra de amor á la verdad y otra de amor al arte, que encierra en sí la capacidad de comprender y admirar lo grande y lo bello. Sólo á fuer- za de desenvolver con laboriosidad y perseverancia esta cualidad, que indudablemente posee en alto grado el pueblo alemán, es como se comprende que, no poseyen- do instinto cómico muy marcado, tenga tantos y tan

buenos actores. En suma: los actores alemanes poseen sentimiento artístico, y suplen la falta de talento histriónico natural con el estudio minucioso y perseverante del arte escénico.

Tal vez á muchos parecerán exageradas las observaciones que acabo de hacer; pero antes de tacharme de narrador parcial y apasionado, tómense la molestia de averiguar hasta qué punto son ó no exactas mis afirmaciones; vean el número de teatros de primer orden que hay en Alemania y la clase de obras que en ellos se representan, de lo cual podrán deducir cuán grande es la afición á cierto género de espectáculos, para cuyo desempeño no bastan actores de capacidad mediana.

Aparte de las razones susodichas, hay otra no ménos poderosa para que con tanto vigor y lozanía florezca el arte dramático en Alemania. Subdividida en tantos Estados pequeños, había de poseer por fuerza un número grande de cortes independientes. En cada una de estas dominaba con más ó ménos lujo y esplendor un pequeño magnate rodeado de su nobleza y sus criados, apéltites de aquel astro de ínfimo orden. Pero al fin y al cabo él era rey, ó príncipe, ó gran-duque, y ellos eran condes, barones y caballeros, y como tales habían de tener su teatro y compañía de cómicos y cantantes particulares, que no era cosa de estarse todo un gran duque, soberano casi feudal de un Ducado de veinte leguas cuadradas, sin oír en toda su vida los gorgoros de una soprano, ó sin verle la cara á un actor ó las pantorrillas á una bailarina... Había, pues, en cada diminuto Estado su teatro y cómicos de la corte. A la sombra y con el favor de estos reyezuelos, á quienes nunca preocupaban grandemente los negocios de Estado, florecían y prosperaban las artes en general y en particular la dramática.

De esta suerte llegó á formarse en la patria de Goethe y Schiller, tan dividida y descoyuntada en su constitución política, como unida y compacta en sus aspiraciones sociales y desenvolvimiento artístico, literario y científico, gran número de centros literarios y dramáticos, en los que, á la vez que se perfeccionaban en su arte poetas y actores, acrisolábase el gusto popular con la esmerada y frecuente representación de las buenas obras de ingenios nacionales y extranjeros. Así es, que cuando vivieron aquellos dos gigantes á crear, más bien que á enriquecer la literatura dramática alemana, hallaron ya actores capaces de interpretar sus creaciones y un público aficionado á tales espectáculos. Con la repentina y desusada aparición en el campo dramático de tan excelentes obras como las que brotaban de las poderosas imaginaciones de esos dos grandes poetas, fueron esmerándose cada vez más los actores en el desempeño de sus papeles, y aficionándose más y más el público á las funciones de teatro. Pero la afición del público y la habilidad de los actores no llegaron á su apogeo hasta la aparición de un tercer coloso en la escena alemana, hasta que los concienzudos, laboriosos é inteligentes traductores Schlegel y Fieck, vertieron al alemán con una fidelidad y un tino sin ejemplo en la historia de la literatura, las inmortales obras del poeta inglés Shakspeare. No hay tragedia, drama, comedia, poema ni soneto del cisne del Avon, que no esté traducido al alemán, y traducido con tal maestría que en rarísimos casos desmence la versión alemana comparada con el mismo original. Merced á esta excelente traducción, las obras de Shakspeare han llegado á hacerse más populares en la escena en Alemania que en la misma patria del poeta. No quiero decir con esto que el pueblo inglés no sepa apreciar en su justo valor al más grande de sus poetas; no, los ingleses, amantes apasionados de todo lo que es suyo, se enorgullecen, y con razón, de poseer entre sus hombres ilustres al creador de Shylock y Falstaff; pero es el caso que la inmensa mayoría de ellos han llegado á familiarizarse con las creaciones de aquella privilegiada imaginación más bien por medio de la lectura que de la representación teatral de sus obras. No es en el teatro sino en el gabinete de lectura donde el público inglés se ocupa, ya sea para entretenimiento, ya para estudio, en las obras de Shakspeare. En cambio en Alemania, donde hay más afición á las funciones de teatro que en Inglaterra, y donde por lo tanto son más numerosas y mejores las compañías de cómicos, gozan las obras del poeta inglés de una popularidad tan grande como la que alcanzan las mismas producciones de Schiller y Goethe; lo cual no es extraño vista la frecuencia y maestría con que dichas obras son representadas.

Los poetas dramáticos alemanes no son numerosos, y ninguno de ellos puede ser tenido por un prodigio de fecundidad, sino es Kotzebue, cuyas obras dramáticas ascienden al número de trescientas. Pero este autor, que nunca fué muy popular en Alemania, lo es mucho ménos hoy, y si no ha sido desterrado por completo del

teatro, debe esa muestra de benevolencia al sistema que tienen allí las principales compañías de sacar periódicamente del olvido en que yacen, ciertas antigüallas que sólo pueden ofrecer interés á algún literato ansioso.

Goethe, cuya poderosa mente abarcó, cultivó y dominó con maestría todos los géneros de todos los ramos de la literatura, el más elevado y á la vez el más profundo de los poetas y literatos alemanes, escribió muchas y muy buenas obras para el teatro, pero la versatilidad misma de su genio redundó en perjuicio de la literatura dramática de su patria. Las obras dramáticas de Goethe no parecen escritas por el mismo hombre, aunque en todas está impreso el sello de aquel genio robusto. ¿Quién diría que fueran partos de un mismo ingenio *Faust* y *Góts de Berlichingen*? (Quién se había de imaginar, á no descubrirlo en las portadas, que el autor de *Ifigenia en Tauris* y *Tasso* fuera el mismo que escribió *Clavijo* y *Egmont*? A más de estas obras impercederas se entretuvo el gran Goethe, ya en traducir á Voltaire, ya en imitar á Aristófanes, ya en escribir comedias á lo Molière en pesados y monotonos alexandrinos, ya en producir operetas y piezas de circunstancias para el teatro de la corte de Weimar. De este farrago de obras de mal gusto, ningún provecho puede sacar el teatro moderno, á pesar de la idolatría con que veneran los alemanes al autor de *Hermann y Dorotea*. La obra de Goethe que más representaciones alcanza hoy en los teatros de Alemania es *Faust*, siendo el papel de *Mefistófeles* uno de los papeles de prueba de todo aspirante al título de gran actor.

*Tasso é Ifigenia en Tauris* mantienen sus puestos en la escena contemporánea, ménos por el interés dramático que encierra la fábula, que por la pureza casi griega de la forma y la hermosura incomparable de la versificación de que está revestida. *Góts de Berlichingen* y *Egmont* son dos dramas históricos que, bien representados, serán siempre aplaudidos por un público de gusto no estragado. *La hija natural*, *Stella* y *Clavijo*, obras del género melodramático, son representadas aún, más por su valor relativo que por su mérito intrínseco. En la última de estas obras pasa la escena en Madrid, y figura en ella *Clavijo*, escritor político é intrigante, de quien ya nadie se acuerda, como seductor de una de las hermanas de *Boonarskaié*, que en calidad de joven oficial francés figura también en el drama. Estas son todas las obras de Goethe que aún siguen siendo lo que se llaman obras de repertorio.

Schiller, ménos veloz que Goethe en sus producciones dramáticas, debe ser considerado como el autor alemán más fecundo en obras serias y de mérito duradero. Mientras que Goethe se ensayaba, con maestría por cierto, en seguir todas las escuelas conocidas y en crear otras nuevas, Schiller seguía con conciencia la buena senda que en un principio había escogido, y por donde sin esfuerzo alguno le llevaba un instinto dramático. Verdad es que en la forma varían mucho sus obras, y entre *Los Bandidos* y *Wallenstein* media un abismo. Pero esta diferencia es la que forzosamente ha de haber entre las creaciones de un genio naciente... pero titánico, que en sus primeros ímpetus no puede soportar freno ni sujeción alguna, y rompe las vallas que á su brío se oponen, y las obras acabadas del maestro á quien la experiencia ha enseñado ya á sujetarse á ese freno y á respetar esas vallas, sin sacrificar por eso la mínima parte del primitivo brío y la fuerza natural de su portentoso genio. En efecto, Schiller no era más que un niño cuando escribió *Los Bandidos*; cuando terminó el *Wallenstein* había llegado al más alto grado de desenvolvimiento intelectual y artístico que puede alcanzar la mente de un poeta. Este desarrollo constante y progresivo dió el resultado que era de esperar. Las obras de Schiller forman un conjunto armonioso; en todas ellas hay verdad y belleza absoluta, y no hay ninguna de ellas que, interpretada con inteligencia y esmero, no entusiasme y deleite á un público alemán.

Excusado es decir que en los carteles de los teatros alemanes aparece con suma frecuencia el nombre de Federico Schiller, aunque no excede de diez el número de sus obras originales.

El erudito humanista Lessing, tan conocido por sus admirables estudios críticos, ha enriquecido también la literatura dramática alemana con tres obras muy respetables y que en Alemania pasan por obras maestras, aunque, á decir verdad, tanto en la comedia *Mina de Bartheim* como en la tragedia titulada *Kathia Galotti* y en el drama romántico *Natan el Sabio* se descubre más que al poeta inspirado al hábil preceptista. A pesar de todo, el público alemán se muestra siempre aficionado á estas obras, y por lo tanto es muy frecuente su representación.

Acostumbrado á ver los dramas de Shakspeare, Goethe y Schiller, ejecutados con maestría, es natural que tenga el público alemán gusto delicado y sea algo exigente para con los autores contemporáneos que intentan seguir las huellas de aquellos grandes poetas. Por lo tanto, son rarísimos los estrenos de obras serias originales en los teatros de primer orden de Alemania. En los tres años en que asistí con muchísima frecuencia al teatro de Dresden, capital de Sajonia, no creo que el número de obras originales estrenadas subiese á cinco; y es menester tener en cuenta que todo el año permanecían abiertas las puertas de ese teatro. En verano, como en invierno, hay función en los principales teatros de Alemania. En los meses de verano tan sólo suelen hacer sus viajes artísticos los principales actores; los de Berlin trabajan algunas noches en Dresden, los de Dresden se van á pasar una temporada en Viena, ó Hannover, ó Leipzig y vice-versa. Pero á falta de obras nuevas, los teatros de primer orden de Alemania ofrecen á sus abonados y al público representaciones de las mejores obras de todas las escuelas, de todas las literaturas y de todos los tiempos. Basta decir que he visto magistralmente representados en el teatro de Dresden la *Antígona* y el *Edipo de Sófoles*, al estilo griego, es decir, con sus coros correspondientes y sin entreactos; durante toda la función permaneció levantado el telón. Las obras de Racine, Corneille y Molière, á pesar de pertenecer á una escuela que poquísimos partidarios cuenta en Alemania, aparecen de vez en cuando en escena, y hasta Calderón, cuyas obras son ménos conocidas en Francia, Italia é Inglaterra que las de Esquilo, logra ser aplaudido en Berlin, Dresden y Viena.

De este sistema de poner en escena tantas obras de estilo y género tan diverso resultan dos grandes ventajas para el público: la variedad grande de las funciones y la enseñanza que ofrecen á los que acuden al teatro con un fin más elevado que el de distraer un rato. El que desea estudiar á fondo la literatura dramática patria y adquirir una idea general de las de los demás pueblos cultos, en ninguna parte lo podrá hacer como en esos teatros. En suma, en Alemania el teatro es á la vez que un local de recreo público una escuela de arte.

En cuanto á las representaciones dramáticas musicales nada he menester decir, puesto que es harto conocida la afición de los alemanes al sublime arte que con tanta maestría han cultivado Beethoven, Haydn, Mendelsóhn, Mozart, Weber y Meyerbeer. Hallan cabida en la escena cuantas óperas notables registran los anales de la música, empezando por *Medea*, *Fidelio*, *Don Giovanni*, *el Príncipe y Roberto el Diabólico* y acabando por *Tamborero*, *La Prusiana* y *Barba azul*.

Y no se crea que por atender tanto á la parte más elevada del arte escénico, desprecian los directores de esos teatros la parte accesoria y puramente material; por el contrario, en todo absolutamente, hasta en los detalles más triviales se descubre la misma propiedad, el mismo esmero y acierto, y si es bueno el desempeño de las obras por parte de los cómicos, no suele ser ménos digna de elogio la histórica propiedad de los trajes y del decorado.

En las grandes capitales, tales como Berlin, Viena y Munich, hay dos teatros de primer orden: uno para las representaciones puramente dramáticas, y otro para las musicales; pero en las ciudades de menor importancia, como Dresden, Hannover, Stuttgart, Carlsruhe, Praga, etc., no hay sino un solo edificio para toda suerte de representaciones teatrales. La dirección y administración de estos teatros está á cargo de un funcionario público, un hombre de letras ó personaje entendido en materias de arte, y el sostenimiento de las compañías corre por cuenta del Estado. De este modo tiene el público la seguridad de no depender de los caprichos de los actores, á los cuales no les es permitido salir de su esfera, ni meterse en cosas que no entienden.

La distribución de los papeles y la dirección de todo cuanto tenga que ver con la materialidad de la ejecución, está á cargo de un director de escena, que suele ser generalmente el decano de la compañía.

Por lo que acabo de referir se comprende desde luego que los teatros de Alemania están dispuestos y arreglados, más bien con el objeto de satisfacer las exigencias y hasta los caprichos del público, que con el de especular y ganar dinero, y sin embargo, pocas son las funciones en que no es menester adquirir las localidades con anticipación; únicamente en las noches calurosas del estío es cuando se ven ménos concurridos esos lugares de recreo.

El público y el Estado en Alemania se ocupan con no ménos ahínco y asiduidad en el arreglo y gobierno de sus teatros nacionales que en el de sus universidades, academias y museos. De este suerete tan sólo es como se

puede conseguir que sea el teatro un sitio de variado recreo á la vez que un establecimiento de amena y provechosa enseñanza.

JAYME CLARK.

LA SERRANA DE LA VERA,

COMEDIA INÉDITA DE VELEZ DE GUEVARA.

Recordamos al lector que este manuscrito está dedicado á la famosa Josepa Vaca, mujer del divino Alonso de Morales, príncipe de los comediantes del reinado de Felipe III, matrimonio de quien están llenos los anales histriónicos de la época.

El capitán D. Lucas de Carvajal llega á alojarse en casa de Giraldo, rico labrador de Garganta la Olla, que tenazmente lo resiste, pretestando no haber pechado jamás con esa carga. Altivo é irascible el capitán se obstina á compás de la resistencia del viejo, máxime habiéndoselas con un villano, el noble de los más altos del país, valido en la corte, y cuando la misión que le trae al pueblo es de las que en todos tiempos dan fueros de libertad y aun de abuso. En doce versos hace su exposición.

Para la famosa guerra de Granada me han nombrado por capitán, y me han dado patente para mi tierra por mayor merced, y así en toda la Vera puedo hacer gente, y hoy me quedo á tocar cajas aquí, y á levantar la bandera; porque en Plasencia querria entrar ya con compañía de la gente de la Vera.

Como el anciano, aunque protestando su lealtad al rey, mantiene su negativa, ya el capitán estalla:

GIR. A mi, nunca me echaron soldados, y no los he de tener.

CAP. Esto esta vez ha de ser por vida del rey.

GIR. Criados y vasallos suyos somos: pero no pienso servir en eso.

CAP. Yo sí mediros con la gineta los lomos.

Lleno de noble indignación replica Giraldo, que aunque no tiene hijos que le defendan, tiene una hija que puede dar que sentir al capitán.

Una hija me dió el cielo que podrá decir que vale por dos hijos, porque sale á su padre y á su abuelo; que fuera de la presencia hermosa, tan gran valor tiene, que no hay labrador en la Vera de Plasencia que á correr no desafié, á saltar, luchar, tirar la barra...

...es su ardimiento biratro, de bueyes detiene un carro, de un molino la violencia; corre un caballo mejor que si en él cosida fuera, y en medio de la carrera y de la furia mayor, que parece que al través á dar con un monte viene suelta el freno, y le detiene con las piernas y los pies.

Con cierta sorna é incredulidad, bastante inverosímil siendo famosa ya la Serrana en toda la Vera, como despues veremos, replica el capitán al padre:

No me diera mucha pesadumbre á mí, que yo luchára con ella de buena gana, y si es bella como defendéis aquí, y tan diestra en el luchar como en todo maravilla, con alguna zancadilla la intentára derribar.

Á lo que repone el viejo con grande energía:

Castigar sabe también malicias...

Á este punto suenan tambores en la villa, que aumentan las impacencias del capitán, y al mismo tiempo aparece la Serrana con un extraño acompañamiento que copiamos de la acotación:

«Uno con un palo largo y en él metido un pellejo de lobo con su cabeza, y otro con otro pellejo de oso de la misma suerte, y otro con otro pellejo de jabalí. Detrás á caballo Gila, la Serrana de la Vera, vestida á lo serrano, de mujer, con sayuelo y muchas patenas, el caballo tendido, y una montera con plumas, y un cuchillo de monte al lado; botín argentado y puesta una escopeta debajo del caparazon del caballo.»—Los aldeanos vienen cantando este villancico rústico:

A dar flores sale al valle la Serrana de la Vera, gentil cuerpo, hermoso talle, la Serrana de la Vera. Su belleza y su donaire la Serrana de la Vera viene enamorando el aire, la Serrana de la Vera. Sus ojos negros y graves la Serrana de la Vera no hay quien mire que no adame, la Serrana de la Vera. Dios mil años nos la guarde la Serrana de la Vera, y la dé un galán amante, la Serrana de la Vera, para que con ella case, la Serrana de la Vera, y para á los Doce Pares, la Serrana de la Vera. ¿Quién cómo ella la Serrana de la Vera?

CAP. (No he visto en hombre jamás tan varonil bizarría.)

Gila refiere á su padre los accidentes de la caza, las piezas que ha muerto, los peligros que ha corrido, y le anuncia con la resolución de niña voluntariosa, que se marcha á Plasencia á ver unas fiestas que hacen á los Reyes Católicos, que pasan por allí. Despues repara en el capitán, cuando su padre le dice:

Yo, Gila, determino acompañarte también.

GILA. ¿Quién es este hombre de bien, que tan galán de camino estaba con vos aquí?

GIR. Es un capitán.

GILA. ¿Querrá alojarse?

GIR. Claro está.

GILA. Pues yo no quiero.

CAP. Yo sí.

GILA. ¿No hay más que quererlo vos?

CAP. Pues yo no pienso que hay más.

GILA. (No vi capitán jamás tan resuelto ¡vive Dios!)

Continúa el altercado, y ella resuelta y aun descomulgada, le dice:

...busque otro alojamiento el alférez ó el sargento para el señor capitán, porque mi padre no aloja sino es á mí solamente, á su ganudo, á su gente, y al huésped que se le antoja.

Con esto van subiéndose á mayores. Apellidoale Gila fanfarron y otra palabra que hoy la cultura del público no tolera, con que el capitán llama al sargento y al alférez, para apoderarse por fuerza del alojamiento; pero Giraldo por amor á la paz le dice:

Esperad.

CAP. ¿Qué quieres?

GIR. Que os alojéis, muy en buen hora, que llanos estamos ya.

CAP. Al fin villanos.

Gila con esta palabra monta en cólera, y cuando el capitán abusa de su triunfo y dice:

...por bien hacéis, temiendo que la gineta hiciera el alojamiento. ¿Cuál ha de ser mi aposento?

responde Gila apuntándole á la cara:

el cañon de esta escopeta.

CAP. ¿Qué dices?

GILA. Procura entrar, fanfarron.

CAP. Escucha, adviérte...

GILA. Vive Dios que de esta suerte os he de echar del lugar.

Y el capitán retirándose, y Gila poniéndole la escopeta á la vista (que lo hará muy bien la señora Josepa, añade el autor en su acotación), le saca, en efecto, del pueblo, que luego los hallamos en las afueras, saliendo al teatro en la misma actitud de la escena anterior.

CAP. Serrana hermosa y cruel ¿dónde me intentas llevar?

GILA. Esta es la cruz del lugar, la horca aquella, y aquel

el camino de Plasencia; aquel el de Jarandilla; no volvais más á la villa, á tentarme la paciencia.

Le deja ya con el mayor desprecio, y anda en su busca el alférez, no menos desalmado y fantarron que el capitán:

CAP. Haced sacar la bandera de la villa, don García, que mejor será en Plasencia levantalla, y con violencia de toda una compañía, abrasar este lugar, y gozar esta mujer tan brava.

ALF. Es buen parecer.

Disculpa el capitán su cobardía con los respetos que merece un lugar que es del rey, no de señorío, en lo que, como hemos visto, iba errado, á la fecha en que se supone la acción, y también con las violentas impresiones que la Serrana ha producido en su alma.

...mis locos antojos más temieron á sus ojos.

El alférez insiste en hacer una millitarada.

Determinate, que yo sólo, á Garganta la Olla abrasaré, y esa polla que entre sus gallos crió, te la daré sazónada en el plato que quisieres, y á todas cuantas mujeres tiene dentro, si te agrada. Resúlvete, y ya verás el valor de don García.

CAP. ¿No basta ser sangrienta para intentar eso y más?

Pero al salir de la escena, exclama demostrando la preocupación de su espíritu:

Loco me lleva y sin mí la Serrana de la Vera.

El autor nos traslada inmediatamente á la Plaza de Plasencia, aderezada para la fiesta de toros con que la ciudad festeja á los Reyes Católicos. La escena es animadísima. Los caballeros pasean en el coso hablando de la conquista de Alhama por D. Rodrigo Giron. Los vendedores y alojeros pueblan el aire con sus gritos.

—Limas dulces de la Vera.  
—Turron.—Confitura fina  
—Lindas camuesas y peros.  
—Cerezas.—Piñon mondado.  
—Arucar blanco rosado.  
—Aña y anís, caballeros.

Otro detalle de costumbres de la época encontramos en esta escena, muy curioso. Un maestro de armas tiene su puesto en la plaza, donde los aficionados se ejercitan en tirar mandobles y reverses. La Serrana, que anda por allí con su familia, zorra de lo lindo al maestro, á su ayudante y á varios soldados que quieren terciar en la fiesta. La lid llega á ponerla tan ciega, tan furiosa, que ni el enojo de su padre, ni los ruegos de sus amigos, ni los mismos gritos de ¡guarda el toro! ¡guarda el toro! que empiezan á oírse, logran volverla en su acuerdo, con que la abandonan todos en tropel, y se encuentra sola en medio de la plaza, al mismo punto que salen á su balcón los Reyes Católicos. Su vista la serena instantáneamente. Esta transición es bellísima.

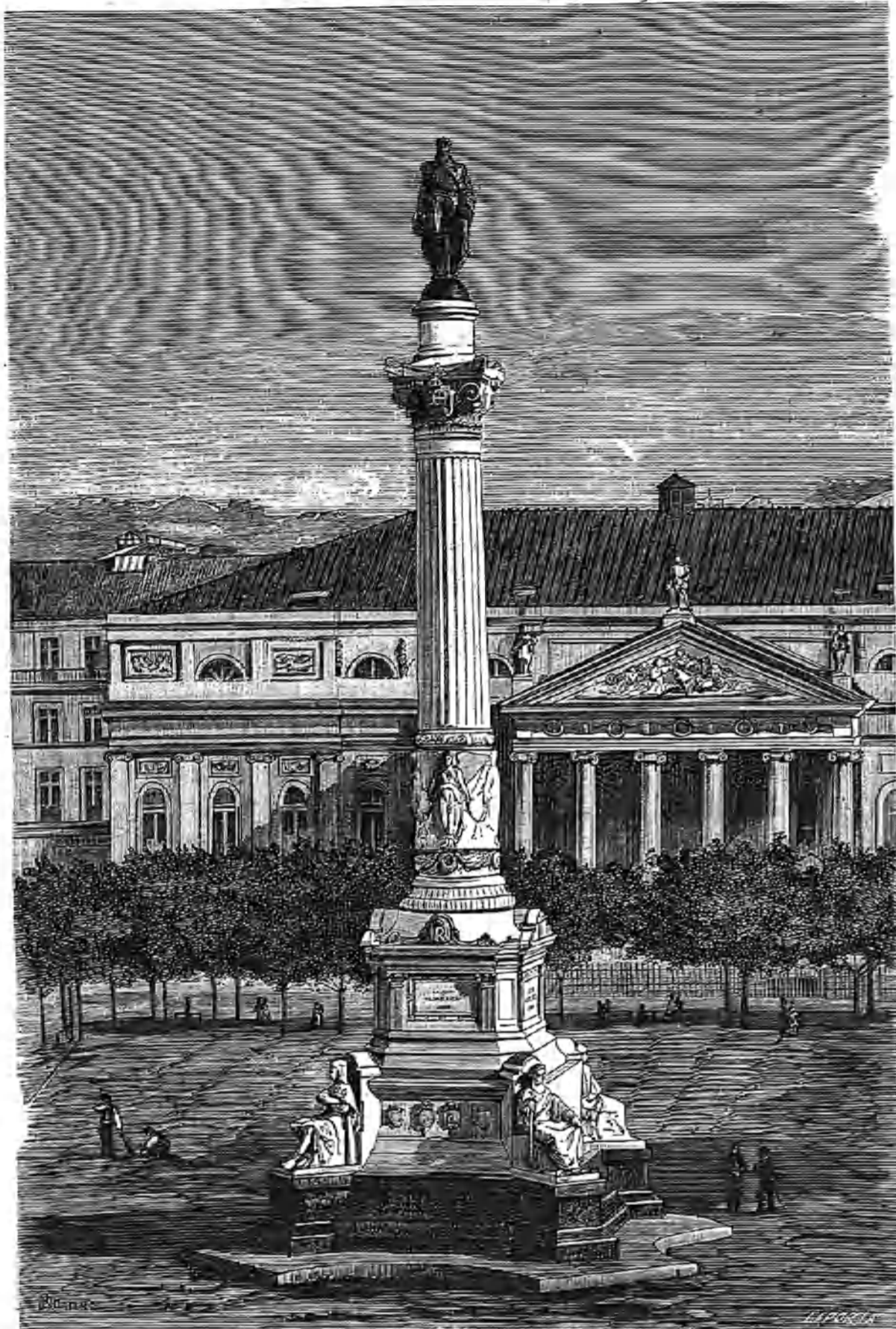
GILA. Más agradables presencias en toda mi vida ví. Hacelles quiero de aquí dos cortesés reverencias. Guardaos Dios, reyes cristianos, y despues que ambos vivaís cuatro mil años, os vais al cielo dadas las manos, porque casados tan buenos como yedra y olmo, es bien que aquí y en el cielo estén jamás de gozarse ajenos.

Con esto, adios, que de mal os libro, y quede con vos, y echadme entrambos á dos vuestra bendición real.

Semejante ocurrencia en el momento que el toro entra en la plaza, y arremete con la Serrana, no puede ménos de extrañar á doña Isabel, que dice á un caballero de su corte:

Loca aquella labradora, Nuño. Al parecer está. Por los cuernos asíó ya al toro feroz, y agora le rinde como al fuera una oveja.

EL REY. ¿Qué osadía!



LISBOA EN 1870.—ESTÁTUA DE DON PEDRO IV. (VÉASE EL NÚM. 13.)

GILA. Ya saben la fuerza mia  
los novillos de la Vera.

Los reyes, asombrados de tal bravura, quieren hacerle mercedes y le preguntan quién es. Ella respondió:

GILA. Llamánme Gila Giralda,  
hija de Giraldo Gil.

Pero corta la plática D. Rodrigo Giron, que ántes de ir á Alhama viene á dar cuenta á los Reyes Católicos de que en un alarde (revista) hecho en su honor en Salamanca por el mismo ejército que trae, dió el príncipe don Juan una terrible caída del caballo. El punto histórico anda aquí, como se vé, asaz mal parado, y el anacronismo y la inverosimilitud abundantes. La relacion del maestre de Calatrava tiene en cambio algunos versos buenos.

Apénas el bucéfalo villano  
escuchó el son de la marcial trompeta,  
cuando de un mar de espuma crespá, caro,  
siendo el príncipe un monte, se inquieta,

alza el herrado pié, baja la mano,  
y da un salto, una coz y una corbeta,  
midiendo de las casas lo más alto  
con la corbeta, con la coz y el salto.  
Quiso probar á darle una carrera  
¡pluguiera á Dios que nunca lo intentára!  
parte el furioso bruto de manera  
que imaginámos que jamás parára.  
El vulgo atento el fin violento espera  
que le temió primero que llegára,  
que como con su voz Dios le autoriza  
también algunas veces profetiza.

Como es de suponer, acaba tristemente la fiesta, diciendo Gila cariacontecida:

Con esto estorbó el cielo que no fuera  
dichosa la Serrana de la Vera.

El acto segundo empieza con una escena villanesca de las que tanto agradaban al público de aquel tiempo. Gila está arando en el campo, y Mingo, su rabadán, que hace en la comedia veces de gracioso, la galantea y ena-

mora, no sabemos si por pasatiempo ó á las veras; pero sí que ella le deja decir y hacer, hasta que pidiéndole una prueba de su afecto le da un apretón que á poco más le revienta.

Vienen sus criadas á buscarla, y por ellas sabemos que está el lugar alborotado por la llegada del capitán con su compañía. Efectivamente, se repite la situación del acto primero, Giraldo está diciendo con la mayor gravedad en su casa:

Abre de par en par, Pascnal, las puertas,  
y el señor capitán éntre en buen hora,  
Veamos qué pretende de mi casa,  
que reyes á Dios gracias y justicia  
tenemos para agravios semejantes.

Como si le durara la amorosa impresion que le causó Gila, viene D. Lucas tan de paz, que pide á Giraldo su mano. El buen viejo, aunque conmovido y en sus adentros regocijado, niega la pretension con mucha sensatez:





EL SECUESTRADOR.—DIBUJO DE DON MARIANO FORTUNY.

Gila no es para vos, señor don Lucas, que es una labradora, hija de un hombre llano y humilde, aunque de limpia sangre, rica para el lugar donde ha nacido, pero no para vos, que sois tan noble. Buscad una señora que os ignale, que Gila para vos muy poco vale.

No sólo insiste Carvajal, sino que da razones menudas para convencer al anciano. Amen del amor que le inspira Gila, sus riquezas, que son grandes al lado de las suyas propias, le permitirán vivir tranquilo en el hogar doméstico cuando se retire de los campos de batalla. Desea apresurar la boda, y que las amonestaciones se hagan en secreto, porque sus parientes se opondrían siendo ella tan desigual. El pobre viejo se rinde á tales razones.

Va fuera necesidad y grosería  
No admitir la merced, señor don Lucas.

Y dejándose llevar de la vanidad, le dice que su hacienda es grande; pero le falta tiempo para llamar á su hija, un tanto afrentado de que esté en sus ocupaciones de labradora.

Para que vayan á llamar á Gila  
Ma dad licencia, porque está en la arada,  
Si va á decir verdad.

Del mismo modo  
Que salió de ella para rey de España  
Wamba, pueda estimar que salga Gila.

Ella aparece á este tiempo, y sabe por su padre que le espera la mayor dicha del mundo. Socarrona y desconfiada, Gila mira de reojo á su vencido, y exclama en tono más hombruno que mujeril:

¿Hánme elegido  
Por general, por rey, obispo ó Papa?  
¿He heredado las casas, las haciendas,  
De los señores de Castilla? ¿Vienen  
Por mí para gran turca bautizada?  
¿Llámanme para hacerme princesa  
De Castilla y León, ó preste Juana  
De las Indias? ¿Del Cairo gran señora?  
¿De Alemania y de Roma emperadora?

(Se continuará.)

V. BARRANTES.

## LOS CESANTES.

Una viuda y un cesante  
Fueron por la bula juntos,  
No hizo más el despatchante  
Que mirarlos al semblante  
Y se la dió de difuntos.

Aquí dice, si no me es infiel la memoria, uno de los más graciosos epigramas de Villergas.

Esos cinco versos parece que bastan para pintar al cesante; pero quien tal creyera se engañaría soberanamente.

La familia de los cesantes es muy numerosa y presenta infinitas variedades, entre las que hay no pocas dignas de estudio.

El cesante pobre, raído, miserable, á que se refiere Villergas, no es más que uno de los tipos de la especie, y tal vez el menos curioso.

Hay otros muchos que nosotros nos proponemos describir en estos párrafos y que creemos han de llamar la atención de nuestros lectores.

Comencemos por el cesante que ha desempeñado un alto destino en Ultramar.

Por regla general á éste no le daría bula de difuntos el despachante de Villergas, si lo viese apearse de su coche, subir la alfombrada escalera de su magnífica vivienda y sentarse á una mesa admirablemente servida.

Dígale Vds. si quiere volver á colocarse y verá cómo le contesta que su salud no le permite trabajar, que la administración de sus bienes le ocupa mucho, que en el verano necesita ir á Alemania á tomar baños, y en el invierno sale poco de casa por temor á las pulmonías.

Este individuo hace pocos años no tenía al frío, ni sabía que existiese Alemania, ni soñaba con tener bienes de fortuna, ni se daba un momento de reposo para lograr que no le quitaran el destino á que debía su existencia. Pero tuvo la suerte de ir á Cuba, allí, según dice, le cayó la lotería, cosa muy frecuente entre ciertos empleados de Ultramar, y ahí le tienen Vds. hecho un personaje que así piensa en volver á una oficina como yo en ser frías descalzo.

Pero hé ahí otro cesante que tampoco necesitaba bula de difuntos.

Lleva un magnífico reloj de oro del tamaño de una patata, sujeto á una cadena que casi podría servir para amarrar un barco; ostenta en la pechera de su blanquísima camisa, brillantes como garbanzos, y nunca faltan en su cartera algunos billetes del Banco de España.

Poco tiempo hace que éste caballero no tenía zapatos. Pero fundó una sociedad de crédito, se nombró á sí mismo director-gerente, y aunque la sociedad ha trocado, y el hombre por consiguiente se ha quedado sin destino, se conoce que puede sobrellevar la cesantía, porque como el sueldo que disfrutaba era bueno, habrá ahorrado los dos ó tres millones que constituyen su fortuna, á pesar de que el destino no le duró más de un año y su sueldo consistía en 60.000 rs.

Si hay entre nuestros lectores algunos aficionados á las matemáticas, les aconsejamos que no se propongan resolver este problema, porque se espundrían á volverse locos ántes de conseguirlo.

\*\*\*

No ha sido tan afortunado como los anteriores el pobre D. Lucas.

Treinta años ha desempeñado un destino con 8.000 reales, y hubiera seguido en él toda su vida, si no se le autojara al rapista de un ministro pedir su plaza, y el consejero de la corona no tuviera el mal acuerdo de acceder á esta pretensión.

Don Lucas desde entonces se echó á pretendiente, y el infeliz no vive ni sosiega, ni deja vivir ni sosegar á nadie.

Todos los días en cuanto se levanta se va á la puerta de la casa del ministro, á ver si logra hablar á su excelencia cuando sube al coche. Como esta primera tentativa casi nunca produce resultado, porque al personaje sale engolfado en conversacion con algun amigo y entra en su carruaje sin reparar en el pretendiente, nuestro hombre se traslada al ministerio y permanece allí en conversacion con los porteros aguardando la hora de audiencia, hasta que alguno de éstos suele decirle que el jefe se ha marchado al Congreso, y el infeliz se traslada inmediatamente al templo de las leyes, á ver si allí es más dichoso.

Tan encarnizada persecucion no da ningún fruto.

El ministro no le escucha nunca, ó si alguna vez se digna oírle lo hace como quien oye llover, y sólo le da buenas esperanzas, que desgraciadamente no le bastan para mantener á su mujer y á sus hijos.

Y lo peor del caso es, que el pobre hombre, cada vez que vuelve á su casa sin la credencial apetecida, y esto le sucede todos los días, tiene una riña con su esposa.

Es decir, él no regaña porque su natural es bonachon y pacífico, pero doña Ruperta lo pone de vuelta y media, le dice que no sirve para nada, que reniega de la hora en que se casó, que mientras todos sus amigos y compañeros ascienden y prosperan, él no puede lograr una triste plaza de escribiente.

El pobre hombre aguanta el chaparrón sin decir una palabra, devora su dolor y los garbanzos que le vendió al fiado el tendero de la esquina, y se prepara para hacer al día siguiente lo mismo que hizo el anterior y lo que hará probablemente mientras le dura la vida.

\*\*\*

Pero el tipo famoso es D. Valentín Cienfuegos.

No hay más que verlo en la Puerta del Sol, con su levita raída en cuyo ojal se ostentan una docena de cintas de color indefinible, su sombrero de color de ala de mosca, su pantalón ancho, sus botas llanas de barro y su barba urecida y despeinada para conocerle.

D. Valentín habla siempre mal del gobierno, pero no mal así como se quiera, sino malísimamente. Y el gobierno lo constituyen para él todos los empleados.

El que logra un destino, por insignificante que sea, le parece un bribón, y está dispuesto á tratarle como tal el día que se arde cualquier jarana.

Desde que no está empleado dice que no hay administración, ni orden, ni justicia, ni moralidad; pero tiene gran esperanza de que todo se arregle cuando vengan los suyos, que sería los primeros que le empleen.

El hombre sueña con motines, tiene en su casa un trabuco, dos pistolas y un sable de caballería, y está dispuesto siempre á echarse á la calle.

Cada vez que oye cerrar una puerta de golpe se le figura que es un tiro.

En cuanto hay alguna agitación política, deja de dormir en su casa por miedo á que le prendan, y cree que hasta su portera pertenece á la policía secreta encargada por el gobierno de espíarle.

Por supuesto que nadie se acuerda de semejante indi-

viduo, ni piensan en prenderle; pero como él se cree un personaje muy terrible, pasa unos sustos de marca mayor y se los hace pasar á su mujer, que sólo se consuela con la idea de que algún día ha de llegar á ser gobernadora ó intendenta de Cuba, ó cosa parecida, que de ménos nos hizo Dios.

\*\*\*

Hay cesantes que no pretenden, sino quieren que les pretendan.

Estos pertenecen á la clase de hombres importantes. ¿Habían ellos de pedir volver á su destino? No faltaba más.

Es necesario que el ministro vaya á su casa á ofrecerles un nombramiento, y ellos, después de mucha conversacion y de hacerse los desdeñosos, tal vez hagan el sacrificio de aceptarlo, en cuyo caso el gobierno tendrá que darles las gracias por su abnegacion, y la prensa ministerial habrá de publicar sendos artículos elogiosos el patriotismo de D. Fulano, que ha admitido un empleo con cuatro ó seis mil duros de sueldo.

Este suele ser diputado, y diputado de los que hablan, y á mayor abundamiento de los que hablan bien.

Dios le dió el don de la elocuencia, y él se la echó á la cara como un trabuco para proponer á todos los gobiernos habidos y por haber este dilema tan popular en los caminos reales: "La bolsa ó la vida."

"Si me dais lo que deseo, os protegeré con mi silencio, y acaso en algun momento crítico os haré el favor de emplear mi palabra en defenderos; si os atrevéis á no complacerme ¡ay de vosotros! el habla castellana, á pesar de su proverbial riqueza, no tendrá bastantes adjetivos para que yo los arroje sobre vuestras cabezas."

Y como nunca falta quien aplauda á estos caballeros, y ademas es mucho más fácil pronunciar discursos que gobernar un país, los gobiernos tienen casi siempre que transigir con estos caballeros, y darles un sitio de preferencia en el banquete del presupuesto.

Ellos no aceptarán la calificación de cesantes, y mucho ménos la de cesantes pretendientes; pero no son otra cosa.

Entre el que va todos los días á la puerta de la casa del ministro á hacer la relacion de sus méritos para lograr una plaza de escribiente, y el que amenaza con el poder de su prestigio y de su talento para lograr un puesto importante, la diferencia consistirá en el método, pero no en la esencia de la cosa.

Si alguno de ellos es respetable, debemos confesar que el primero lleva gran ventaja al segundo, por más que el segundo consiga ser respetado.

\*\*\*

Pero otro tipo está pugnando por presentarse en nuestra galería, y no es justo que le rechacemos, porque merece figurar en ella.

D. Agapito.

Consiguió por chiripa un empleo, y á los pocos meses le dejaron cesante.

Desde entonces su sueño dorado es volver á cobrar del presupuesto, cosa que, á la verdad, le hace mucha falta.

Pero él no se da por vencido.

Dice á todos los que quieren oírle, que si aceptó el destino lo hizo por no desairar á sus amigos, y por no aparecer en disidencia con su partido, pero á él no le gusta ser empleado; y como, gracias á Dios, no le necesita, se mirará mucho ántes de admitir una posición oficial.

Los ministros le están siempre rogando que vuelva á su puesto, porque todos son grandes amigos suyos; pero él, aun á riesgo de perder su amistad, resiste á sus instancias y procura conservar su independencia.

Por supuesto que D. Agapito no dice ni una palabra de verdad.

El destino que tuvo era una plaza de auxiliar con 10.000 rs., y si le dieran otra, aunque no tuviera más que ocho, la tomaría con mucho gusto, pero al hombre le ha dado por ahí, y hay ocasiones en que él mismo llega á convencerse de lo que dice.

En suma, D. Agapito es un infeliz en toda la extensión de la palabra. Le ha tentado el demonio de la vanidad, y es y será eternamente víctima de su afán de darse tono.

Así vive todo lo contento que puede estar el hombre que no tiene una pasata, y como no perjudica á nadie más que á sí mismo, no hay razon para censurarle por su manía.

\*\*\*

Vamos á terminar esta coleccion de tipos presentando el del individuo que padece una cesantía intermitente.

Gracias á la facilidad con que en España cambian los gobiernos y á la empleomanía aguda que padecemos los españoles, el personal de nuestra administracion varía á cada momento.

Siempre que cae un ministro se ha de remover por fuerza todo el personal que de él depende, y de resultas de esto se encuentran convertidos en políticos una porción de pobres hombres, cuya única aspiracion es ganar su modesto sueldo lo mejor posible.

D. Julian, que es uno de ellos, conoce á un personaje influyente, de los que están más en juego, y ya se sabe, siempre que sube su protector, D. Julian está empleado, y en cuanto cae el personaje, nuestro hombre deja de asistir á la oficina, seguro de que no se pasarán tres dias sin que reciba la cesantía.

Así es que se pasa empleado la mitad de la vida, y la otra mitad cesante.

Mejor que él está D. Mariano, que aunque no es protegido directamente por nadie conoce á todo el mundo.

D. Mariano es la actividad misma.

Visita á todos los diputados, conoce á la mayor parte de los ministros y sirve con eficacia á cuantos tienen que ocuparle en algo.

Lo mismo extracta un expediente, que va al teatro á aplaudir la comedia que ha escrito uno de sus jefes; y en caso de necesidad redacta un suelto para un periódico, rectificando una noticia inexacta.

Como no tiene lo que se llama un verdadero padrino, le dejan cesante siempre que necesitan su plaza para complacer á otro; pero como conoce y sirve á todos, no tarda en volver á ser empleado.

Así ha conseguido servir ya en todos los ramos. Hoy es auxiliar de Hacienda, mañana oficial de un gobierno civil, el otro administrador subalterno de correos, etcétera, etc.

Ha servido ya en todas las provincias, y cada año es dos ó tres veces cesante, y otras tantas empleado.

Su existencia no es muy divertida que digamos, y su situacion financiera debe ser poco desahogada; pero al fin el hombre va viviendo, y esto es bastante en nuestra patria.

\* \* \*

Ya que hemos comenzado estos renglones con unos versos, nos parece bien terminar con otros, diciendo como en los finales de los antiguos sainetes:

Aquí se acaba el artículo,  
Perdona sus muchas faltas.

E. ZANORA Y CABALLERO.

## ¡PASO EL INVIERNO!

TRADUCCION DE VÍCTOR HUGO.

Todo renace, adorada,  
Su palidez pierde el cielo,  
Y la tierra embalsamada  
Al corazón dá consuelo.  
De arriba el amor desciende,  
Abajo muere el dolor,  
Y una misma chispa enciende  
La estrella como la flor.  
Negro abril lleno de enojos  
Es el invierno sombrío,  
En que sube hasta mis ojos  
La sávia del llanto mío.  
Ya, por fortuna, perdida  
La costumbre de llorar,  
¡Vente conmigo, mi vida,  
Dónde te pueda adorar!  
Al sol se doran las ramas,  
Sus yemas á abrirse van,  
Y del pájaro que amas  
Pronto los trinos se oirán.  
En tu alma y en las estrellas  
Sonríe el mes de las flores:  
¡Ya vuelven las horas bellas  
De nuestros puros amores!  
Se ve á los séres brillar  
Y á las estrellas lucir,  
Se oye á la abeja zumbar  
Y al mundo entero reír;  
Y en la yerba y en los nidos  
Voces se escuchan vibrantes  
Diciendo al vernos unidos:  
¡Dios bendiga á los amantes!  
De flores en suave lecho  
Entre mis brazos reposas.

¡Cuánto amor en nuestro pecho!  
¡En el rosal cuántas rosas!  
Tienes del alba risueña  
La belleza y el encanto:  
Sus perlas tu risa enseña  
Y su rocío es tu llanto.  
Natura; hermana riente  
De Eva, de Adán y del día,  
Presta á nuestro amor ardiente  
Su misterio y su armonía;  
Y nos devuelve la sombra  
Nuestras caricias amantes,  
Y el cielo inmenso se asombra  
De tus gracias incitantes.  
En éxtasis delicioso  
Nuestras almas bañaremos  
Del elemento amoroso  
En los efluvios supremos;  
Y sin que sintamos celos  
Tendremos un nuevo amante:  
Yo, una estrella de los cielos,  
Tú, el sol inmenso y brillante,  
¡Siente nuestro labio el beso  
De los celestes amores!  
¡Y nuestro amante embeleso  
Da fiebre ardiente á las flores!

MANUEL DE LA REVILLA.

## MELANCOLÍA.

Yo quisiera cantar, y la voz mía  
Eleva un eco quejumbroso al viento;  
Yo quisiera arrancar esta sombría  
Pesadilla fatal que horrible siento.  
El destino cruel cebóse insano  
En torturar mi corazón doliente,  
Cargó iracundo su pesada mano  
Que hirió mi pecho y doblegó mi frente.  
Pobre del corazón que corre ansioso  
Tras una dicha que jamás alcanza;  
Que cual mar de la vida proceloso  
Es ¡ay! triste quimera la esperanza.  
¡Horrible soledad! ¡Cruel vacío  
Que ofrece el mundo en terrenal esfera!  
¡Oh! cuándo nos darás, ¡Señor, Dios mío...  
En copa de placer luz verdadera!  
Que es la felicidad quimera vana  
En sueño de dorada fantasía,  
Que en óptica ilusión surge el mañana  
Revestida de luz y de alegría.  
Montes y llanos, rocas escarpadas  
Y el proceloso mar que rugie hirviente  
Y encima de las nubes azuladas  
Un cenit tachonado y esplendente;  
Y más alto los astros, las estrellas,  
Y del sol los purísimos reflejos,  
Y de la luna plateadas huellas  
Extendiendo su luz allá á lo lejos.  
Subid un poco más, la gloria, el cielo,  
Un trono de rubíes y topacios,  
Tranquilo el corazón calma su anhelo  
Remontándose ansioso á los espacios.  
Y allí vive el Señor, el poderoso,  
El que crió los mares y la tierra,  
El Dios de los ejércitos gloriosos  
Que al legarnos la paz nos dió la guerra.  
Así como el placer y la alegría  
Juntos caminan por el ancho mundo,  
Van la guerra y la paz en armonía  
Elevando á su Dios himno fecundo.  
Dejadme aquí, mi corazón vacila  
Y en el terráqueo globo se anonada,  
Y dejad que abrasada mi pupila  
Ante el fuego de Dios quede asombrada.  
El sueño llega á mis cansados ojos,  
Surge la luz en esplendente esfera,  
No siente ya mi corazón enojos  
Y escucho resonar voz lisonjera:  
"No busques ¡ay! felicidad ni calma  
En el tránsito breve de la vida;  
Desprendida del mundo vuela el alma  
Buscando de su fé la luz perdida."  
¡Ay! ¡Y la encontrará! Corre afanosa  
Dejando atrás el mundanal ruido,  
Refugio pide á la marmórea losa  
Y á la tranquila tumba eterno olvido.  
En plácido beleño se adormece,  
Cesa la angustia de su hirviente pecho,

El iris sus delirios embellece  
Y ámbito encuentra ya ménos estrecho.  
La paz, la eterna paz que ambicionára  
Le ofrece el cáliz de su fé divina  
Y el ancho globo que á sus piés rodára  
Ve circundado por la azul cortina.  
Bullen los séres en extraño giro  
Y al azar se revuelven las naciones,  
Y del Sumo Hacedor ante un suspiro  
Se suceden también las estaciones.  
¡Ah! Dejadme dormir... ¡Sueños hermosos!  
Y calla, corazón... ¡Calla y espira!  
No vivas en los centros populosos  
Donde todo es dolor... todo mentira.  
No vayas, corazón, con vivo anhelo  
Tras una dicha que jamás se alcanza;  
Que en el mar de la vida todo es duelo  
Y es ¡ay! triste quimera la esperanza.  
Busca la soledad, la fé, la calma,  
Búscalas, sí, tras de la tumba fría,  
Que sólo en la otra vida hallará el alma  
Su sol de eterna luz y de alegría.

Marzo de 1871.

FAUSTINA SAEZ DE MEYGAR.

## CANTO DE LOS MARINEROS

ANTES DE ENTRAR EN COMBATE.

Con vívidos resplandores  
Ya el sol en ocaso brilla:  
Aumenta el mar sus rumores  
Bajo la afilada quilla.  
¡Al arma! ¡Con ardimiento  
Lancémonos á luchar!  
¡Ruja en las velas el viento,  
Y bajo la nave el mar!

Ya la enemiga fragata  
Á combatir nos provoca;  
Sobre estos mares de plata  
Hable del cañon la boca.  
En el líquido elemento  
Gran lecho se puede hallar...  
¡Al arma! ¡Ya el firmamento  
Tan sólo nos vé y el mar!

Del buque la blanca vela,  
Que del marino es hermana,  
Tal vez al sol que hoy ríela  
No se levante mañana.  
Horas de dicha y contento  
Ayer nos hizo pasar...  
Hoy al combate sangriento  
Nos arrastra sobre el mar.

Ya el pecho con fuerza late,  
Ya rujizo el sol se esconde;  
Á la señal de combate  
Ya el enemigo responde.  
Triste rumor forma el viento,  
Por las jarcias al pasar.  
¡Rojá como el firmamento  
Quedará pronto la mar! (\*)

ERNESTO GARCÍA LADAVESE.

## EL RAPÉ Y EL TABACO.

Me encuentro en este instante en el café. No sé qué hacer, porque tengo que hacer mucho y fijo mi atención en lo que ménos me importa. Costumbre es esta muy mía, y no me causa extrañeza por consiguiente.

En la mesa inmediata á mi derecha hay un viejo que acaba de tomar chocolate y que en este momento se recrea sorbiendo rapé.

A mi izquierda veo un jóven que ha tomado café y que saborea con delicia un cigarro. Hé ahí dos hombres entregados á un vicio muy semejante, casi idéntico, puesto que para él se hace uso de la misma materia; pero qué diferente en realidad!

El rapé y el tabaco simbolizan á mis ojos el pasado y

\* De un libro inédito titulado *Los Cantos de la tarde*.

el presente, la idea antigua y la nueva, la oscuridad y la luz, el despotismo y la libertad.

*Esto matará aquello.*

*Aquello es el rapé; esto es el tabaco.*

Y la predicción se ha cumplido: el rapé agoniza, mientras su enemigo le sustituye dominando con más fuerza que él y echando raíces más profundas.

Y la verdad es que tiene una razón de ser poderosísima. El rapé está en abierta oposición con el espíritu del siglo, espíritu destructor, amante del fuego, de todo lo que tenga vida y movimiento, condiciones que reune el tabaco y de las cuales el rapé carece.

Porque, aun suponiendo que el rapé te agrade, lector querido, no podrás menos de confesar que el tomarle es

racterístico, de primera necesidad, un objeto pequeñísimo pero de gran importancia, un objeto que simboliza la época. ¿Sabéis cuál es ese objeto? ¡La tabaquera; la caja de rapé!

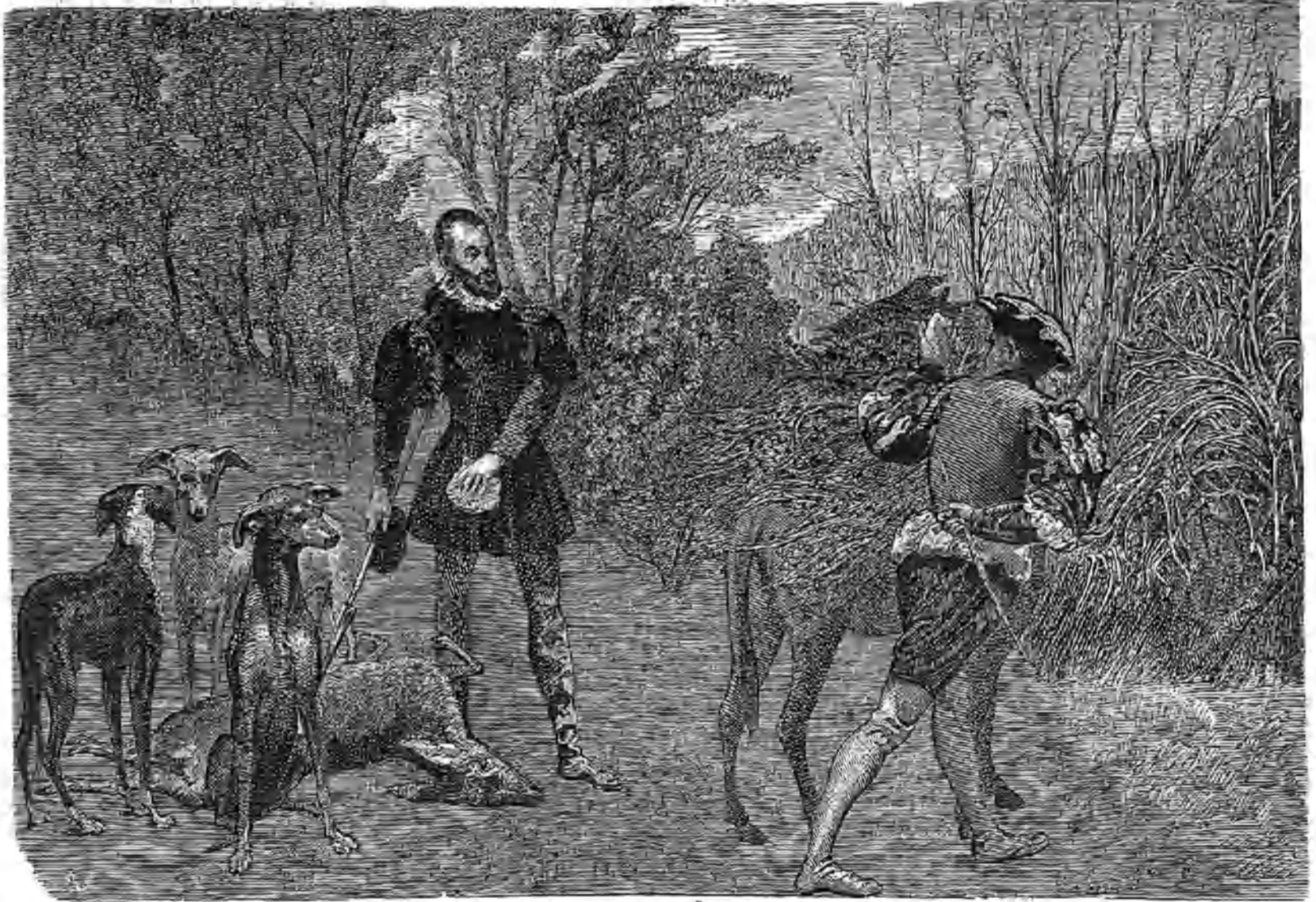
Ni las sillas de Vitoria sobre la estera blanca de Valencia, ni las cortinas de Barragan y el clásico brasero, ni el sillón de baqueta claveteado, ni el niño Jesús de cera vestido de raso azul y encerrado en una urna, ninguno de esos objetos que solos ó reunidos representaban aquellos *felices* tiempos; los simbolizan como una simple caja de rapé.

¿Os podéis figurar á vuestro súsulo con las narices vírgenes de tabaco en polvo? Es imposible.

¿Y podéis figuraros á un jóven de nuestros días sor-

blaciones de la Península, y señaladamente á Lisboa, para que no conserven el sello de tristeza que, en nuestro carácter principalmente, estampó la anulación en que por espacio de siglos vivió el elemento civil, y todavía no tiene el trabajador más elemento de esparcimiento en el día de descanso, que tal cual modesta bodega á la puerta de cada quinta, donde se encuentra, cuando se hacen sentir el apetito ó la sed, pescado frito, ensaladas y vino común, aunque en medio de una campiña deliciosa y de un aire puro que sirve de aderezo á tan pobres manjares.

En dirección E. suele el ferro-carril brindar los domingos con trenes, dudamos si bien llamados de recreo, para *Poco do Bispo, Oisnas, Sacovem, Povoa, Alverca,*



CUADRO PINTADO POR DON JUAN GARCÍA MARTÍNEZ.

un vicio tonto, sin ninguna condición artística, sin nada que halague á la vista ni al paladar, mientras el tabaco te proporciona sabor, malo ó bueno, según que te guste ó no, pero á lo ménos te sabe á algo. Y en cuanto á recrear la vista, ahí tienes esas bocanadas de humo que te fingen imágenes encantadoras, espirales fantásticas, vaporosas nubes que cambian de color y de forma á medida que se deshacen.

En cambio, ¿qué recreo puede producirte el rapé? Ataponarte las narices, sintiendo una picazón nada grata y que dejas de sentir en cuanto te acostumbras á ese vicio. Esa es la única impresión que proporciona; estornudos para principiar y al cabo ni siquiera estornudos.

Pero como si el rapé te gusta, por más que te predique continuarás sorbiéndolo como hasta aquí, renuncias á convencerte de que el tomarle es un vicio setápido, y con doble motivo al recordar que no es ese el objeto de estas líneas.

Dije ya que para mí el rapé simboliza la idea antigua y el tabaco la nueva, y hay para ello una razón que salta á la vista.

Figúrate un señor de principios de este siglo, y pintálole con su peluca de bucles y coleta, afeitado, con casaca, chupa, calzón corto y zapato con hebilla. ¿No basta este frage para que podáis asegurar en qué época vive? No basta, no; le falta á esa figura un detalle ca-

biendo rapé! Me parece tan imposible como aquello. Aún nuestra generación conoce muchas personas que lo toman, como conoce muchas que sostienen las ideas viejas; pero la generación que sustituya á la nuestra habrá dado al traste con el rapé y con las ideas que representa.

Hoy una tabaquera junto á una petaca parece un anciano al lado de un mozo.

En este momento que veo fumando á ese jóven y sorbiendo rapé á ese viejo, si tuviera que explicar mis ideas en un grito, en vez de exclamar: ¡Abajo el despotismo! ¡Viva la libertad! Diría:

*¡Muera el rapé! ¡Viva el tabaco!*

M. RAMOS CARRON.

### CERCANÍAS DE LISBOA.

No háy que buscar en las afueras y las inmediaciones de la capital portuguesa, ni las diversiones, ni los bailes campestres, ni los conciertos al aire libre, ni los espectáculos de todo género, ni los trenes de recreo, ni los cafés, ni las fondas que tanto abundan en los alrededores de otras ciudades extranjeras: son muchos los conventos y los edificios sombríos que rodean á las po-

*Alhandra, Villa Fermea, Carregado, Arambuja, Ponte de Reguengo, Sant'Ana y Valle de Santarem.*

Á lanzarse hácia O. brindan los días festivos los vapores que van por el Tajo hasta Cascaes, y multitud de ómnibus y vehículos de todas clases, que por poco dinero admiten pasajeros para el mismo punto.

En el de Pedronços terminamos nuestro paseo á Belem, y él sirve de partida para una apreciable excursión. Sin que concluya aún la calle, que empieza en el opuesto lado de la ciudad á 12 kilómetros de distancia, se encuentran á uno y otro lado del camino, que forma un espacioso boulevard, grandes y variadas quintas, entre las cuales se distinguen, á la derecha, la magnífica del *duque de Cadaxal*, y poco despues la llamada *Dafundo*, sin rival en posición y en magníficas vistas, por más que la multitud de casas de campo por allí sembradas las tengan excelentes hasta alta mar. Este conjunto de residencias campestres, de amenos jardines, de grandes huertas y de caprichosos senderos á orilla del río, que por esta parte tiene una orla de gigantescas aunque silvestres yucas que, aun sin cultivo ni resguardo alguno, dan espléndidos ramilletes de flores á imprimen á aquel paisaje un encanto extraordinario.

No bien parecia concluida la calle en el término Pedronços, cuando vuelve á abrirla el pueblecillo llamado *Cruz Quebrada*, á cuya izquierda, y despues de una cor-

ta alameda, se encuentra la llamada *Poste da Engenharia*, soledad melancólica y pintoresca, arrabal oriental donde las olas vienen á quebrarse con ruido en las peñas llamadas *Escadas de Jacob* y *Pedra de Gairola*, mientras que por uno de los costados se extiende el Océano, concurriendo todo á marcar este sitio con un sello de imponente grandez.

Siempre entre casas de campo, por acá y allá salpicadas, se llega á *Covias*, posesion de los reyes de Portugal que merece ser visitada, no precisamente por el palacio, que nada tiene de notable, sino por lo frondoso de los jardines y lo agradable de sus perspectivas, por sus pabellones, y sobre todo por una espléndida cascada monumental, que tiene un carácter de originalidad y de abreviamento digno de admirarse; poco despues se entra en *Fuço d'Arcoz*, lindo pueblo muy en moda para residencia de verano en la temporada de baños.

Fuera ya de la línea de la barra, se corta la distancia á *Oeiras*, donde no pueden dejar de visitarse las quintas del marqués de Pombal; entre las muchas bellezas que encierra se encuentra la llamada gruta de los Poetas, que está adornada con los bustos de Homero, Virgilio, Camoëns y el Taso; el palacio, en cuya planta baja hay estatuas de Machado de Castro; la grandiosa bodega, que contiene gigantescos tonales; la cascada de Taveira, graciosos jardines, selvas, lagos, puentes y cuanto pide una residencia campestre verdaderamente grandiosa.

No hay más que un pequeño paseo de allí á la *Torre de San Julian da Barra*, prision de Estado con horribles calabozos, que durante el absolutismo estuvieron llenos de mártires políticos, en gran parte españoles; allí vivió preso, y allí fué así asesinado uno de los hombres que más puro y más glorioso ha legado su nombre á la historia: D. Diego Muñoz Torrero. Constituye la defensa de Lisboa por mar este castillo, que cruzan sus fuegos con la *Torre de San Lorenzo de Bugio*, islote solitario en medio de las olas, dividiendo la *Borra grande* Sur de la llamada *Corredor*, que es la del Norte. En ambas torres hay excelentes faros. La de San Julian tiene una poblacion adyacente; y más allá, fuera ya de la embocadura del Tajo, todavía hay la fortaleza de Cascaes, que de poco ó nada sirve como defensa. Deseo es al viajero de prolongar hasta allí su excursion, y no se arrepentirá de ello; encontrará

al paso una campiña siempre risueña, un camino delicioso, con preciosas vistas del lado de tierra y más aún del lado del mar; hallará al fin una poblacion animadísima en el verano, el Biarritz de Lisboa, con mejor playa, con más frescura, con mejores condiciones que el francés; con menos comodidades, pero con más baratura; con menos lujo, pero con sociedad más escogida que la muy abigarrada y muy dudosa que desde París y Madrid arroja Rayona sobre la *Roche-Percée* y la *Chambre d'Amour*. Si va á Cascaes por un día, se quedará dos; si permanece dos, caerá en tentacion de pasar una temporada, y si cede á ella, al año siguiente volverá. Dadas por nuestra parte las noticias necesarias para proporcionar al lector un magnífico día de campo caminando al Occidente, tenemos que aprovechar el papel para apuntar, siquiera sea muy á la ligera, las bellezas, inmensamente superiores, que le esperan tomando otro día la direccion septentrional.

Ya tuvimos ocasion de hablar de Bemfica, el más lindo arrabal de Lisboa, y áun de llamar la atencion hácia la quinta de las Lavanjeiras; el camino que pasa por delante de ella es de los más concurridos y tambien de los más bellos que se encuentran en las cercanías de la ciudad: lindas casas de campo, graciosos jardines de utilidad y recreo, ricas huertas de manzanos y naranjos guardan ambos lados de la vía, formando una calle que, con diversas denominaciones, pero siempre en direccion de Cintra, se prolonga más de diez kilómetros. Mientras se recorren, hay ocasion de apreciar la grandez de las obras del acueducto llamado de las Aguas libres, cuya

línea se recorre y se cruza diversas veces. No bien cesan las dos líneas de casas, cuando por la izquierda se separa un camino que conduce al *Palacio de Queluz*, fundado por D. Pedro III; se compone de diferentes cuerpos de edificio, obra de diversos arquitectos. Está sobrecargada de decoraciones de todos estilos, y aunque muy abandonado, todavía conserva muy buenas salas, una de ellas notable por hallarse completamente forrada de espejos, paredes y techo, guarnecida con ricos vasos del Japon, y decorada con buenas pinturas y ricos adornos; en la capilla hay una hermosa columna de ágata, regalo del Papa Pio VII á D. Juan IV,

con sus dos castillos que se pierden entre las nubes y su rico ropaje verde salpicado de palacios que se extienden hasta la falda de la montaña. Antes de penetrar en el pueblo se encuentra la magnífica *Quinta del marqués de Viana*, digna antesala de aquellos deliciosos lugares, y por un camino guarnecido por uno y otro lado de antiguos, corpulentos y frondosos árboles que forman una nitísima bóveda de verdura, se entra en la incomparable *Cintra*, cuyos bellezas han cantado tantos poetas, desde Camoëns hasta lord Byron y Garret.

Pero si muchas plumas han celebrado sus encantos, ninguna la ha descrito ni logrará describirla jamás.

¡Quién puede dar idea de un suelo en que se desarrollan robustas y frondosas las vegetaciones del Norte y del Mediodía, sin más distancia que la peña que las coloca á diferentes exposiciones! ¡De qué modo se pintan los grupos de arbolado que aquel accidentado terreno presenta, entre masas de luz y trozos de sombra, para que luzca toda la combinacion de medias tintas que la naturaleza es capaz de producir con un sólo color; el verde variado hasta lo infinito! ¡Qué guía es capaz de explicar los palacios, los jardines, los puntos de vista, siempre diversos, que se desarrollan á cada giro que da la rueda del carruaje que conduce al forastero, desde la entrada de Cintra hasta cualquiera de los hoteles á que vaya á alojarse! Se puede indicar el órden en que se debe recorrer aquella comarca maravillosa, y eso haremos, pero, despues de todo lo que en la Península y en el extranjero se ha escrito acerca de ella, no vemos que haya otra descripcion posible de Cintra que la que el que desea conocerla se haga con sus propios ojos.

(Se concluirá.)

Rost.

## EL PERIODO DE REPOSO.

Hacia el año 3,140,955,675,412,469 de la creacion, el terreno que hoy llaman moderno los geólogos, hallábase cubierto por tres capas diferentes, depositadas sobre la corteza del globo por los seres orgánicos pertenecientes á otras tantas edades, y que habian ayudado á formar, ya los agentes químicos, ya las fuerzas mecánicas, ya esos insectos microscópicos á cuya laboriosidad se deben muchas islas y montañas. París, Londres y Madrid yacian sepultados bajo tierra,

y el pico de la más alta pirámide servía de guarda-canton á los muchachos. En cambio, los ascudimientos interiores del planeta, quebrando por algunos lados la parte sólida de la tierra, habian hecho salir á la superficie, no sólo rocas graníticas de las que hoy considera la ciencia pertenecientes al terreno primitivo, sino verdaderas montañas de un metal desconocido y compuesto al parecer de la fusion y mezcla de infinitas materias metálicas, completamente nuevas.

Los sabios de entonces explicaron este fenómeno con la misma facilidad con que los sabios del día enseñan á cuantos quieren escucharlos la historia y vicisitudes de la tierra. En efecto, no es verdadero geólogo el que, ignorando los misterios de la anatomía comparada, no puede á la simple inspeccion de un hueso fósil, trazar el esqueleto del animal á que perteneció, describir su forma y echar un párrafo acerca de sus inclinaciones y costumbres, aunque la raza se haya extinguido millones de años antes, pues es sabido que los geólogos desdeñan toda cifra que no vaya seguida de otras seis cifras por lo menos. Un hueso en estado fósil basta para reconstruir mentalmente, por medio de luminosas deducciones, todo el panorama de una edad geológica, con su flora, sus habitantes y sus fenómenos atmosféricos: el hueso de un megaterio ó de un mamut, indica claramente hasta la forma de los mosquitos que debieron molestar en vida á tan gigantescos animales. Así es, que las montañas fundidas fueron consideradas como fragmentos de la primera corteza de la tierra, formada en el período más antiguo por una multitud de seres que vi-



DON FRANCISCO JAVIER DE ISTÚRIZ Y MONTERO.

enyo hijo D. Pedro IV de Portugal y primer emperador del Brasil, nació y murió en Queluz, conservándose la cámara en que falleció el libertador de Portugal adornada y amueblada como estaba á su fallecimiento.

Volviendo al camino de Cintra, y despues de una detencion forzosa en *P. Escalabote*, de donde no hay forma de hacer pasar á ninguna caballería de Portugal sin tomar un puñado de habas, dosis que por segunda vez exigen antes de acabar la subida al pueblo, se distingue á corta distancia el palacio y quinta de *Ramalhao*, propiedad que fué de la emperatriz reina Carlota Joaquina, mujer de D. Juan VI, y que hoy pertenece á un particular que la ha comprado en pública licitacion. Allí estuvo reclusa su propietaria, por no querer jurar las bases de la Constitucion de 1822; allí habitó tambien en 1832 D. Carlos de Borbón, y de allí tiene la fecha la protesta que hizo contra su sobrina doña Isabel de Borbón. Se vé, pues, que el palacio de Ramalhao, que está colocado en sitio muy ameno, poblado de árboles y abundante en aguas cristalinas, no carece de historia, como que puede decirse que de él brotó la primera chispa de la guerra civil, en que, por espacio de seis años, se hicieron matar tantos españoles para llevar al trono al tío, que no supo alcanzarle, ó á la sobrina, que á la postre no supo conservarlas en él.

El camino, hasta aquí ameno como ha podido juzgar el lector, se vuelve monótono; desaparecen las casas de campo y los árboles, como para que al atravesar el viajante una llanura desierta y árida, fije toda su atencion en el espectáculo que tiene delante, en la Sierra de Cin-

vian entre el fuego y hubieron de perecer y endurecerse en un cambio brusco de temperatura: seres metálicos, cuya vida sería la de la salamandra, en cuyas venas circulaba plomo derretido, y que debieron habitar el globo hirviendo en pasiones, respirando llamas y bañándose en el humo. El descubrimiento de una estatua de bronce produjo la completa certidumbre y el triunfo de aquella teoría; no cabía duda, era un hombre de metal; la raza humana existía ya en el período de fuego, tal como podía ser en aquella atmósfera abrasada: verdadera gente de bronce, de entrañas durísimas, sólo se debían ablandar á martillazos: el timbre de su voz, metálico y vibrante, exigió en sus gargantas las más sólidas campanillas: sin duda fueron tan prudentes como fuertes, pues debieron andar con pies de plomo.

Qué diferencia entre aquella edad remota y la fecha que he citado. En esta, los efectos de la elaboración constante con que la naturaleza perfecciona sus obras, habían llegado á un límite prodigioso. Ya no existían esos seres rudimentarios que en la escala zoológica se confunden con las plantas, ni esas plantas que parecen minerales; la vida orgánica había dado un paso gigantesco, desde el molusco sumbrino hasta los seres felices del último período: la tierra, purificada de las especies monstruosas, ya no producía ni aquellos sapos del tamaño de un toro, llamados *tabirintodontes*, ni aquellos pescados con cabeza de serpiente, conocidos con el arcaico nombre de *pleisiozuros*: la electricidad del globo, sabiamente equilibrada, no ocasionaba esas tempestades magnéticas, ni esas poderosas é invisibles corrientes con que los sabios explican todo lo que no comprenden, dejándonos con la boca abierta; en fin, la naturaleza había pasado de la condición de aprendiz al grado de consumada profesora.

Completamente limpia de los cuerpos perjudiciales á la vida, merced á combinaciones químicas, la atmósfera rodeaba el globo en toda su pureza: el calor central, mejor aprovechado, no se desperdiciaba ya por el cráter de volcanes diseminados en diversas zonas, sino que se extendía por anchos respiraderos colocados en los polos, cuyos habitantes tenían brasero todo el año: á la hora de la siesta, un toldo de nubes protegía contra el ardor del sol á los que vivían en los trópicos; y la tierra, envidiosa del buen nombre de sus hijos, se había abierto en algunas partes para que los hombres pudiesen estudiarla, como un japonés que se abre el vientre por dar honor á su familia.

Caída su blanca peluca de nieve, los calvos montes no podían disimular su edad, que los sabios de entonces fijaban examinando sus arrugas, y confessaban su vejez venerables montañas que habían nacido en sus faldas al mamut y al xifodonte. El monte Pílas, los Pirineos y los Alpes, todos tenían escrita su partida de bautismo: y no era preciso ver brotar una eminencia para que los geólogos determinasen la fecha de su elevación, el día en que la lluvia la bautizó por primera vez, y hasta su sexo, es decir, su calidad de monte ó de montaña, lo cual indica la forma de su cresta.

Las aguas estaban distribuidas equitativamente por todos los terrenos, y con más justicia que si presidiere á su repartimiento el tribunal valenciano de las aguas. Los terrenos secos y necesitados ejercían una atracción irresistible sobre los manantiales más próximos y los arroyos se dirigían á donde hacían falta, como hoy penetra el aire por los pulmones, ó por las mangas de ventilador ó por las rendijas de las puertas. Este comunismo físico evitaba el atesoramiento de grandes caudales de agua, que hacen hoy los ríos más avaros, arrastrando diariamente tantos miles de reales sin dar un solo cuartillo de limosna.

El viento no combatía, sino rizaba el mar como planchadora que riza unas enaguas: los mares sólo se movían lenta y acompasadamente á impulso del diafragma del planeta: las velas giraban con la regularidad de un minuteró, y la tierra, no teniendo por qué temblar, había estrado en su período de reposo: vagaba por su órbita, calentándose al sol entrambos hemisferios.

Las diversas especies de animales que no habían sido destruidas, estaban notablemente mejoradas. Las cabras ya no tenían perilla, impropia de su sexo; los camellos habían dejado de ser cargados de espaldas; las codornices y las tórtolas habían aprendido cantos nuevos para no cansar, y los grillos yacían en el más armonioso silencio; las arañas, en paz con los insectos, empleaban su habilidad en hacer media; los senos pronunciaban ya todas las vocales; las hienas sólo soltaban sus carrozadas al oír algún chiste delicado, y los escudrijos únicamente lloraban por disgustos de familia; los anfibios se habían decidido por la tierra ó por el agua; los mosquitos sólo probaban el vino entre comida, y los gallos habían reformado sus costumbres dejando de practicar la

poligamia; suprimido el elemento militar, el pez espada había sido desarmado; los toros pronunciaban en los árboles magníficos discursos, y los monos, familiarizándose con los hombres, habían adquirido trazo de guantes y derecho electoral.

Todos ellos vivían en paz, alimentándose de plantas y raíces; pero ¡qué plantas! El reino vegetal, como todo lo orgánico, había sufrido una disminución notable de volumen; la cañaba, el sicomoro, el cedro, el ciprés, el Álamo y el eucalipto glóbulus apenas podían servir para bastones; las edades futuras no debían esperar de aquel período geológico grandes depósitos de hulla, pues de los vegetales raquíticos que cubrían valles y montes, con dificultad se hubiera obtenido no carbon, pero ni tan cisco de piedra. En cambio, las sustancias nutritivas de los vegetales habían aumentado, condensándose en frutos homeopáticos, parecidos á las píldoras de que nos habla el señor Oblaman. El níspero más desabrido tenía tanta fuerza alimenticia como una lata de leche reconcentrada, ó como una dosis igual de extracto de carne preparada por el mismo Dr. Lievig. En aquel mundo feliz la naturaleza había arreglado por sí sola toda cuestión de subsistencias.

¿Qué era del género humano? ¿Habían prosperado en igual proporción sus ciencias, sus industrias y sus ciudades?

Algunos rebaños de hombres de estatura liliputiense reposaban en lugares solitarios: casi todos se apoyaban en ligeras cañas y su semblante enfermizo manifestaba que había sonado la última hora de aquella raza turbulenta. La especie humana era una de las que la naturaleza destinaba á desaparecer, como la de los mamuts y megaterios. Los hombres libres, es decir, los que no estaban encerrados, vociferaban en los bosques, discutiendo acerca del yo humano, del Ser Supremo y de las formas de gobierno, puntos que no se hallaban todavía suficientemente discutidos. El descubrimiento de una estatua acababa de producir gran sensación en el mundo de los sábios, que pudieron añadir á la edad metálica otra edad de piedra. Colon había sido un hombre de mármol, tan antiguo como el monte Pílas, y los toros de Guisando, cuyos restos se encontraron también, fueron animales que vivieron y retozaron en su época; una pila de agua bendita en forma de concha, y una parte de la fuente de la Aleachofa, halladas casualmente, se consideraron como moluscos y vegetales contemporáneos de Colon y de los toros de Guisando. Los oradores que anunciaron el suceso gesticulaban para obtener la aprobación del auditorio, siendo el secreto de aquella mímica que una gran parte de los oyentes eran monos. Porque los hombres, en su postrera etapa, se habían refugiado con su ciencia en el fondo de los bosques, como buscando sepulcro en el sitio de su cuna. Y se extinguían poco á poco, porque la tierra, aficionándose al reposo, se iba deshaciendo de todos los seres enemigos del sosiego.

En tanto, la fecunda naturaleza había creado nuevas seres que, diferenciándose del hombre, eran zoológicamente hombres mejorados; y así surcaban los aires como se rambullían en las olas ó penetraban en el fuego, sin caer, sin ahogarse, sin sentir la más leve quemadura. Sus conversaciones eran cambios de léxas sin palabras, en lugar de palabras sin ideas. Su órgano visual superaba al más complicado telescopio cuando miraban á los astros, y les descubría los seres microscópicos cuando se fijaban en la tierra. Más fuertes que los otros habitantes del globo, eran los más pacíficos. Sin leyes ni gobierno, vivían libremente, sin molestarse unos á otros, tomando ejemplo de muchos seres inferiores y usando de su libertad, como pudiera hacerlo una paloma. Seguros de equivocarse siempre, no trataban de averiguar el problema de la creación, ni explicarse la causa de la vida. Y paseaban la suya amándose unos á otros, sin consumirla en luchas fratricidas, disfrutando los bienes que había Dios colocado á su alcance. Algunas veces, al penetrar por una selva, solían poner en paz á los hombres, que se batían y asesinaban al concluir una sesión borrascosa, y compadecidos de aquellos desgraciados, los encerraban en jaulas separadas para que no se destruyeran.

Más de una vez el venerable presidente de una sociedad científica fué colocado en una jaula de alambre y puesto luego al sol como un canario.

Y sin embargo, justo es confesarlo: reducido el sábio á tan humillante condición, no por eso desistía de explicar la edad segura de la tierra, los trastornos que ha experimentado desde su infancia, las generaciones que en ella han vivido y los elementos de que se compone, y el día exacto en que ha de entrar en su época de decadencia, luego en la de agonía y concluir por el fantástico período de las sombras.

¡El período de las sombras!... Ese día más ó menos próximo, largo como un día de Brama, en que los astros errantes concluirán por oscurecer el sol, del mismo modo que oscurecieron la tierra, que es un sol empolvado.

Muerta la luz, los animales y las plantas se irán extinguiendo en nuestro planeta, por el cual sólo vagarán seres fosfóricos, tristes representantes de tantas razas muertas, última manifestación de la vida en nuestro globo, y único peso que podrán soportar las causadas espaldas de la tierra.

Esta, tiritando de frío y cubierta de todas sus capas, aumentará la velocidad de su carrera para entrar en calor, hasta que agotadas sus fuerzas, concluya por morir durmiendo como los centinelas en la Punta del Diamante.

Y los ecos, si hay ecos en el éter, repetirán de planeta en planeta y de sol en sol sus últimos requiebros.

Entonces, y sólo entonces, se podrá decir que la tierra entra en un período de reposo. Aunque entonces, como ahora, el que sobreviva podrá afirmar ó negar lo que le parezca.

¿Quién sabe si la tierra, cubierta de hielo, será una especie de yema acaramelada, y servirá en otros mundos para hacer un obsequio á alguna dama, cuyo estómago delicado sólo pueda digerir sales y planetas?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

## DON FRANCISCO JAVIER DE ISTURIZ Y MONTERO.

Nació en Cádiz en 31 de octubre de 1785, de una familia noble, oriunda de Navarra, y dedicada al comercio: hizo allí sus estudios, aplicándose en particular al de las humanidades y autores clásicos á que era muy aficionado, y también al conocimiento de la literatura francesa de la escuela enciclopédica que á principios de este siglo estaba en moda entre las personas de alguna ilustración en España, si bien con las precauciones que exigía la vigilancia de la Inquisición y del gobierno. Llegó la revolución de 1808, en cuyo movimiento ya tomó parte como joven acomodado é influyente en la población, donde su hermano mayor D. Tomás, jefe de su casa y hombre de talento é influencia, fué uno de los vocales de la junta que gobernó entonces y aun después, rivalizando con la regencia en autoridad, y habiendo sido elegido aquel diputado á las Cortes Constituyentes en 1810, figurando con gran crédito en el partido liberal al lado de Argüelles, Calatrava, Florez Estrada, Torano y demás adalides de las reformas.

Proscrito y emigrado D. Tomás en 1814, quedó en Cádiz D. Javier, trabajando, como los liberales de aquel tiempo, contra el gobierno absoluto y teniendo más ó menos parte en la conspiración de Porlier en 1815, Riquelme en 1816, Laey en 1817 y Vidal en 1818, preparando después con los principales jefes del ejército expedicionario en 1819 el alzamiento que tuvo lugar en las Cabezas de San Juan en 1.º de enero de 1820, y seguida en la isla de León: poco días antes había sido preso por el gobernador de Cádiz en el castillo de San Sebastián de esta plaza, en compañía de los patriotas San Miguel, Gutiérrez, Acuña, Labra y otros jefes de batallón del ejército, á cuya fuga contribuyó Isturiz con sus recursos, quedando él solo preso hasta que se proclamó la Constitución.

Muerto su hermano D. Tomás, fué elegido diputado á las Cortes de 1822, y en ellas empieza la vida pública oficial de D. Javier. Presidente del Congreso en las célebres sesiones de 9 y 11 de enero de 1823, siguió á Sevilla con el gobierno: allí fué de los votantes en la memorable sesión de 11 de junio que declaró la suspensión interina del rey Fernando VII (voto que le acarrió después la sentencia capital como á todos sus compañeros); siguió á Cádiz y desde allí á Gibraltar y Londres, donde pasó los once años de emigración, no sin tomar parte en la tentativa de 1830, en que vino á París, para derrocar al poder absoluto en España, aunque con éxito desgraciado.

Muerto el rey en octubre de 1833, todavía permaneció Isturiz en Londres, hasta que en la segunda y amplia amnistía concedida por la reina Cristina, vino á España y fué elegido diputado á Cortes por Cádiz á últimos de 1834. En entonces presidente del Consejo de ministros el conde de Torano, su querido amigo, pero con quien no estaba conforme en política, y le hizo oposición en el Congreso, tomando parte en el alzamiento de agosto de 1835 contra él, y que trajo al poder á don Juan Alvarez y Mendizábal. Poco después cambió Isturiz de política, agregándose á las personas adictas á

la reina madre, y aceptando en mayo de 1836 la presidencia del Consejo, en reemplazo de aquél, no sin que antes mediase un lance personal entre los dos antiguos amigos, que no tuvo consecuencias. La revolución de la Granja en agosto de 1836 hizo emigrar á Isturiz, el cual no volvió á España hasta 1840: entonces tomó parte en los trabajos contra la Regencia del duque de la Victoria, siendo uno de los tres designados para regentes interinos por doña María Cristina en octubre de 1841. Después de la coalición de 1842 fué elegido diputado, más tarde gobernador del Banco de Isabel II, ministro de la Gobernación en marzo de 1836, por pocos días, y luego presidente del Gabinete que hizo las bodas reales, en las cuales creen algunos que sus deseos eran el matrimonio de Isabel II con un príncipe de la casa de Coburgo, cesando después aquel ministerio. Desempeñó interino las embajadas de París, Londres, San Petersburgo y Roma, con el acierto y decoro que le ha valido la alta reputación que gozó en todas las córtes de Europa. Fué presidente del Congreso y del Senado, y estuvo condecorado con el Toison de Oro y las principales cruces españolas y extranjeras. Alejado de la vida pública desde el año de 1866, en que regresó de Roma, con buena salud y con una reunión escogida de amigos íntimos que le veían diariamente, á los que encantaba por su ameno trato, vasta memoria, sólida instrucción y distinguidas maneras sociales; una enfermedad de pocos días le ha llevado al sepulcro, llorado de cuantos le conocían, respetado de todos los partidos políticos, y dejando una modesta fortuna, muestra inequívoca de su acendrada probidad.

### DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

Hijo de un pobre y honrado artesano, vino al mundo en Chiclana, el año 1812, para ser ya en 1836 honra de su patria.

Sus padres, á pesar de los pocos recursos con que contaban, determinaron que estudiase medicina, y en efecto, cursó en Cádiz uno ó dos años.

Mal se avenían los principios de la ciencia médica con la imaginación atrevida, original y ardiente que había de producir *El Trovador*, andando el tiempo.

Jóven aún, sin experiencia, sin protección, sin dinero, abandonó su carrera y el templado ambiente y el sereno cielo de nuestras costas meridionales, bañadas por el océano, para lanzarse atrevido en el laberinto de la córte, donde combaten mil encontradas pasiones, y donde no vive más que el desgraciado á quien sobrevoga el airado viento de una mala fortuna.

Poco tiempo después de tomada su resolución, ya era conocido en algunos círculos como poeta, escribía versos en algunos periódicos literarios, y entraba con cortés sueldo en la redacción de *La Revista Española*.

Luchando con su mala suerte, que él, por otra parte, no hacía grandes esfuerzos para mejorar; pero luchando al fin, puesto que cada día era preciso discurrir la manera de vivir el siguiente, comenzó sus estudios en el idioma francés, haciendo varias traducciones que tuvieron regular éxito.

Era aquel tiempo el de la furia del romanticismo, y *García Gutiérrez*, siguiendo el curso de la afición popular, escribió un drama romántico. Después de inútiles, largos y desesperados esfuerzos para que se pudiese en escena, y casi perdida la esperanza, se alió de voluntario.

Sin duda no tuvo presente al dar este paso los inconvenientes y males que al soldado aquejan, y en aquella época sobre todo, en que el ejército español estaba tan distante de ser lo que hoy es en cuanto á equipo, alientos y buena organización.

En tanto que se adiestraba nuestro voluntario en el depósito de Leganés, su drama, conocido de autores y poetas en Madrid, tuvo la suerte de ser elegido por el actor D. Antonio Garza para su beneficio.

*García Gutiérrez* abandonó entonces á Leganés, y la noche del 1.º de marzo de 1836 salía á recibir los aplausos frenéticos de un público entusiasmado, entre don Carlos Latorre y doña Concepción Rodríguez.

Desde esa noche *García Gutiérrez* y el drama caballeresco *El Trovador* forman parte de las glorias literarias de España.

El éxito de *El Trovador* fué inmenso; el entusiasmo rayó en locura. Acaso no haya ejemplo de otro igual en la historia de los teatros.

Don Antonio Ferrer del Rio refiere de este modo el acontecimiento en su *Galería de la literatura española* (Madrid, 1848).

Anochece el 1.º de marzo de 1833, y ninguna de las localidades del teatro del Príncipe se hallaba vacía; preguntábase unos á otros quién era el autor del *drama caballeresco* anunciado, y nadie le conocía. Alzado el telón, se advertía un movimiento de curiosidad en todos los concurrentes, después una atención profunda, á las pocas escenas ya daban señales aprobatorias, al final del primer acto aplaudían todos. Crecía su interés en los actos sucesivos, se duplicaba su admiración al ver lo bien conducido del argumento, la novedad de sus giros, lo inesperado de sus situaciones, la lozanía de sus versos; ninguna escena se tuvo por prolija, no disonó una sola frase, no se perdió un solo concepto.

Al caer el telón alcanzaba el drama los honores por otros conquistados; pero al frenético batir de palmas seguía un espectáculo nuevo, una distinción no otorgada hasta entonces en nuestra escena: el público pedía la salida del autor á las tablas, y con tanto afán, que no hubo quien se moviera de su asiento hasta conseguirlo. D. Carlos Latorre y doña Concepción Rodríguez sacaban de la mano á *García Gutiérrez*, notablemente afectado, viéndose objeto de tan distinguido homenaje. Su situación era tan desvalida, que para salir delante del público con decencia, le prestó un amigo (D. Ventura de la Vega) su levita de miliciano, endosándosele de prisa entre bastidores. Al día siguiente no se hablaba en Madrid de otra cosa que del *drama caballeresco*: desde muy temprano asediaban el despacho de billetes ayudas de cámara y revendedores: los padres de familia más metódicos prometían á sus hijos llevarlos al teatro, como si se tratara de una comedia de magia: la primera edición de *El Trovador* se vendía en dos semanas: se oían de boca en boca sus fáciles versos: se repetía su representación muchas noches; al autor se le concedía por la empresa un beneficio; caía á sus pies una corona; Mendizábal ponía en sus manos la licencia absoluta.

Tórnase risueña la fortuna hacia *García Gutiérrez*, y un torrente de dramas y comedias brotó entonces de su pluma. Picado por algunos reveses, escribió el *Simon Bocanegra*. Si no hubiera alcanzado celebridad como autor de *El Trovador*, hubiera bastado el *Simon Bocanegra* para dársela.

Resentido por ciertas injusticias, se embarcó para América, donde gozaba gran prestigio, en enero de 1844. Allí recogió laureles y distinciones sin cuento; escribió varias obras con extraordinario aplauso, ya originales, como *La mujer valerosa*, ya arregladas del francés, como *La gracia de Dios*.

Por último, en 1850 volvió á España, poniendo en escena con buen éxito *Afectos de odio y amor* y *Los millonarios*.

En 1855... pasó á Londres de comisario interventor de la deuda de España; allí estuvo hasta 1858, en que volvió dimitiendo su cargo.

Dos años después, el público de Madrid se agolpaba á las puertas del teatro del Príncipe, donde por una porción de noches consecutivas estuvo llamando gran concurrencia su último drama *Un duelo á muerte*, obra maestra de arte, poblada de bellezas, y que durante sus muchas representaciones no nos cansamos de aplaudir.

Á consecuencia, tal vez, del éxito de *Un duelo á muerte* y de la vacante que dejó D. Antonio Gil y Zárate, fué nombrado *García Gutiérrez* académico de la Real Española.

Después refundió *El Trovador* y escribió *La bondad sin experiencia*, *Venganza catalana* y *Juan Lorenzo*.

El género de zarzuela debe también á la pluma de *García Gutiérrez* buena colección de obras de mérito. Las últimas han sido la titulada *Dos coronas*, que á fines de 1861 gozó gran boga en el Circo, y *El capitán negro*, muy aplaudida en la Zarzuela.

Una nueva producción acaba de publicar el eminente poeta. Su oda al rey Amadeo I, con cuyo motivo nuestro representante en Portugal, el Sr. Fernandez de los Rios, cuya actividad y talento tanto bien reportan á las letras y á los escritores ibéricos, le dirigió el día 31 de marzo pasado el siguiente telegrama:

«Cien poetas y escritores portugueses que honran esta noche mi casa para la lectura de un magnífico trabajo del eminente poeta Casinho, acaban de dar á la oda de usted á S. M. el rey Amadeo, y me autorizan para que se lo trasmita, un aplauso unánime, encargándome haga especial mención del Sr. Mendez Leal.

Usted ha sido el primer poeta español llamado por el público á la escena, y también el primer poeta á quien Portugal saluda con sus aplausos.»

Divemos, para terminar, que acaso esta reseña que hemos copiado en gran parte de la que hace de tan ilustre escritor uno de sus biógrafos, que *García Gutiérrez* es de los pocos hombres que no tienen enemigos. Su bondad y franqueza le granjean pronto el afecto de cuan-

tos le tratan; la noble sencillez de su alma, su instrucción y su claro talento, la admiración de cuantos le estudian.

### CUADRO DE DON JUAN GARCÍA MARTÍNEZ.

El cuadro que damos á conocer hoy en nuestras páginas, original del inteligente pintor que hemos citado, se refiere á un episodio de la vida del emperador Carlos V.

Cuenta Lafuente en su *Historia de España*, que el emperador en una de sus escursiones de caza se separó de su comitiva, persiguiendo una res á la que dió muerte.

Acertó á pasar por allí un leñador con su borriquilla, y el emperador le dijo:

—Van acá, y cárgala en tu pollino.

Á lo que el rústico contestó sin cuidarse de la órden de aquel desconocido que con tal autoridad le hablaba:

—Cárgala tú, que buenas espaldas tienes.

Segun nuestras noticias, este cuadro figurará en la exposicion próxima.

### POESÍA.

Si colgar de tus labios yo pudiera

Algun día este beso

Que en el pliegue más hondo de mi alma

Á tí guardado llevo,

Verías suspenderse la constante

Marcha del universo,

Por contemplar mi dicha perdurable

En tan feliz momento.

Que el amor que penetra lo infinito

Y empapa en sí lo eterno,

Todo el amor se agolparía, rápido,

Á unirse en aquel beso.

JOSÉ FERRER PEREZ.

### APERTURA DE LAS CÁMARAS

EL DÍA 3 DE ABRIL DE 1871.

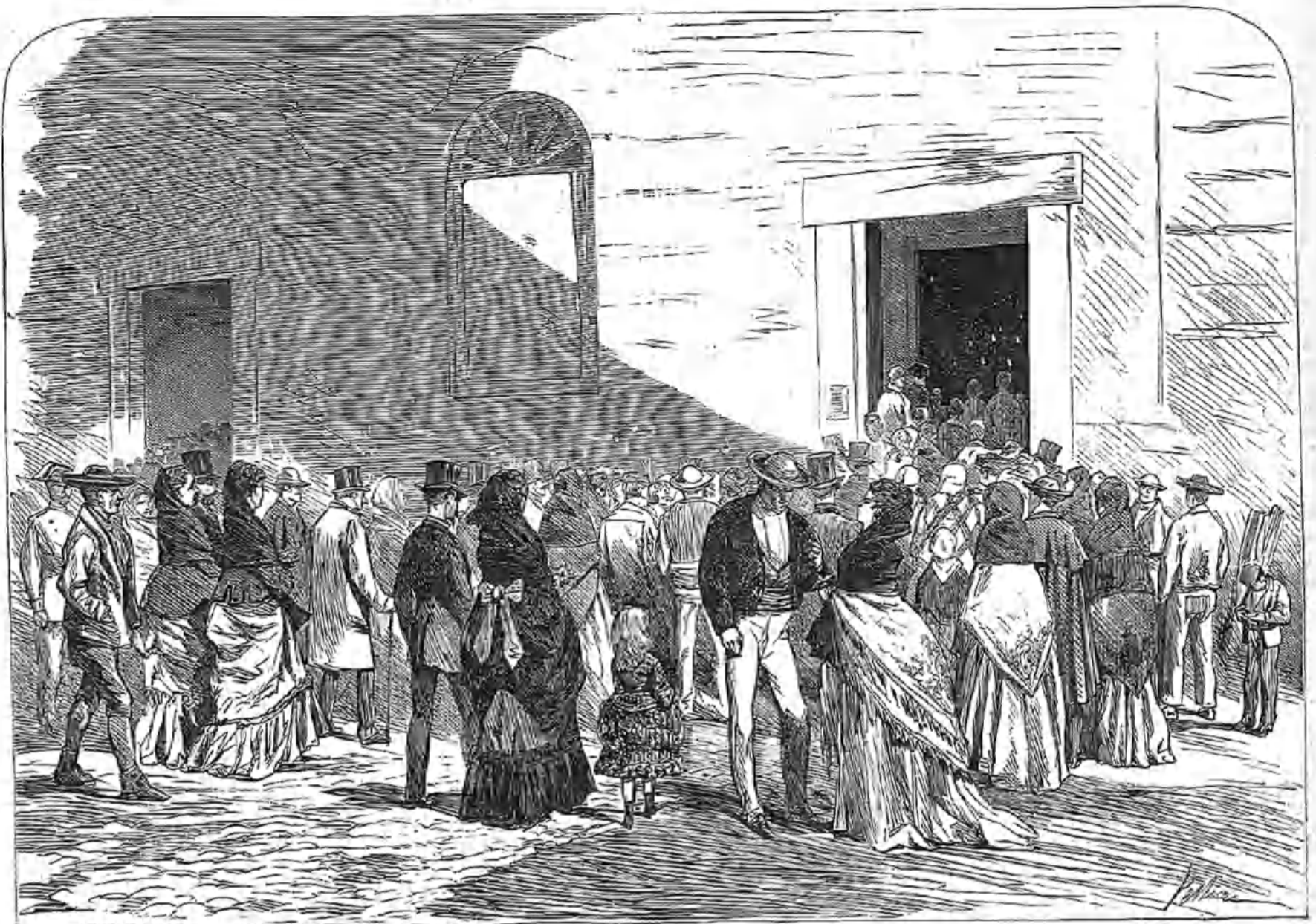
El día 3 del actual tuvo lugar la solemne apertura de las Cámaras españolas, acontecimiento que si siempre es de gran importancia política para todos los países que se rigen por el sistema parlamentario, era mayor sin duda alguna para el nuestro, dadas las excepcionales circunstancias por que ha atravesado.

El grabado que ofrecemos á nuestros favorecedores en otro lugar, recuerda el momento en que S. M. el rey Amadeo llega al pie de la escalinata del Congreso de los Diputados, seguido de los ministros de la Corona, altos dignatarios del Estado y de su casa y cuarto militar, y acompañado de las aclamaciones de la multitud que se apiñaba alrededor del palacio de la Representación Nacional.

La circunstancia de haber sido referido con todos sus pormenores el acto de que hacemos mención, en los periódicos que diariamente ven la luz pública en Madrid, nos obliga á considerar inútil el hacer la reseña de dicho acontecimiento, que tan profundamente marca una nueva era para la historia constitucional de nuestra patria.

### LA ESTATUA DE MURILLO.

Siendo alcalde corregidor de Madrid el duque de Sexto, el escultor Medina, autor de la estatua erigida en Sevilla, presentó una exposicion al Ayuntamiento, en la que decía que acababa de fundirse la estatua que Sevilla iba á erigir á su hijo prodigioso, el inmortal Murillo; que si bien los monumentos á los hombres ilustres á quienes se erigen sus estatuas, corresponde ser estas erigidas en su país natal, ó en el punto donde sus hechos los hicieron célebres y merecedores de esta distinción, Madrid, centro y espital de la monarquía, en donde se encuentran la mayor parte de las obras de tan insigne pintor, «debía, en su concepto, también ostentar otro monumento, y mostrar á las generaciones futuras y al extranjero, que viene árido de contemplar sus admirables obras de arte, el respeto y estima que mere-



MADRID.—ROMERÍA A LA ERMITA DE LA CARA DE DIOS.

cen los hombres ilustres nacionales, cuyo génio fecundo parece señalar la Providencia en nuestra patria; que si el Ayuntamiento en su ilustracion aceptaba el pensamiento, ponía á su disposicion el modelo gratuitamente, sin más recompensa que la hora de haber contribuido por su parte, como español y como artista, á honrar la memoria del gran pintor, y al mismo tiempo, como hijo de Madrid, el deber de hacer en obsequio de la municipalidad todo lo que pudiera contribuir á su mayor esplendor y embellecimiento.

Aceptado por el Ayuntamiento el pensamiento de Medina, fué fundida la estátua de Murillo y trasportada al Museo Nacional, donde se halla depositada hasta el día de su colocacion, que no tardará.

Madrid deberá, pues, un monumento más á la iniciativa y generosidad del escultor Medina; á la corporacion municipal entónces y su alcalde corregidor duque de Sexto; á la cooperación del marqués de la Vega de Armijo, gobernador civil de Madrid á la sazón; al hoy alcalde primero popular D. Manuel María José de Galdo, que ha dado cima al pensamiento; á D. José Lois é Ibarra, que con generoso desprendimiento costea el pedestal; á D. Fernando de la Torriente, arquitecto, autor del proyecto del mismo y que dirige la obra tambien gratuitamente, y á los individuos del estado mayor de la Milicia Ciudadana que costearon la cimentacion del pedestal.

La estátua es semi-colosal y de bronce, ejecutada, como hemos dicho, por el distinguido escultor D. Sabino de Medina, y se ha de colocar sobre el pedestal inaugurado el día 3 de abril del presente año, en la plaza frente al Museo Nacional de Pintura y Escultura, entre éste y el Jardín Botánico.

# LA ILUSTRACION DE MADRID.

AÑO SEGUNDO.

## BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los días 15 y 20 de cada mes. Cada número consta de 16 páginas, con grabados exclusivamente españoles, intercalados en el texto.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses.	22 reales.
Medio año.	42 "
Un año.	80 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	30 "
Seis meses.	55 "
Un año.	100 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 "
Un año.	150 "
AMÉRICA Y ASIA.	
Un año.	200 "
Cada número suelto en Madrid.	4 "

### PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacueria de las Cuatro Calles, librería de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 30.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban a LA ILUSTRACION y a EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones.	52 reales.
Medio año.	92 "
Un año.	170 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	57 "
Medio año.	97 "
Un año.	175 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	90 "
Un año.	160 "

Nota. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya hecho en metálico ó sellos de correos. Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de La Propaganda Literaria.

IMPRESA DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MATUTE, 5.